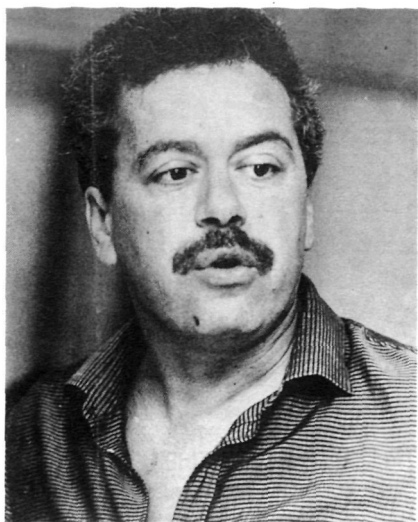


Víctor Ramírez



LA VEZ
E DESPUÉS Y AHORA

Lancelot 28" 7"



Víctor Ramírez nació en San Roque de Las Palmas de Gran Canaria en 1944. Gana el sustento familiar como profesor en el Centro de Enseñanzas Integradas.

Libros suyos son «*Cada cual arrastra su sombra*» (editado en 1971 y reeditado en la Biblioteca Básica Canaria en 1989), «*Cuentos Cobardes*» (en 1977), «*Ade- más lo primero*» (en 1978), «*Lo más hermoso de mi vida*» (1982), «*Nos dejaron el muerto*» (en 1984 y 1990), «*Dios- noslibre*» (en 1984), «*Arena Rubia y otros relatos*» (en diciembre de 1990).

Con Rafael Franquelo publicó «*La guitarra del Atlántico*» (en 1973), «*Literatura Canaria. Antología de textos: siglos XVI-XX*» (en 1976), «*Rumores paganos*» (en 1980 y también con Ángel Sánchez), «*Cuentos cana- rios contemporáneos*» (en 1980) y «*Narrativa Canaria del siglo XX*» (en tres volúmenes: 1985, 1987 y 1990).

En 1980 editó para Planas de Poesía el muestrario de cuentos «*La huida*» de Antonio Bermejo.

Para el hermano en dignidad
José Luis Gallardo, con
todo mi cariño

Victor

24.03.91

JLG 9.868

Canarias

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>102969</u>
N.º Copia <u>633197</u>



Víctor Ramírez



LA VEZ
ENTRE DESPUÉS Y AHORA

© *Edición:* Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, 1991

© *Texto:* Víctor Ramírez

Coordinación: Servicio de Publicaciones

Proyecto Gráfico: Almagre, equipo diseño, Las Palmas

Diseño cubierta: Javier Cabrera

Fotocomposición y Fotomecánica: Lithos, Las Palmas

Selección: Fotomecánica Canaria, Las Palmas

Impresión: San Nicolás S.A., Las Palmas

I.S.B.N.: 84-87021-11-5

Depósito Legal: G.C. 15-1991

Las Palmas de Gran Canaria, España

A Rafael Franquelo M.

DE UN ESCRITOR CONMOVIDO

He osado atreverme a amar decía Víctor Ramírez sobre su propia visión de la escritura. Que es como apelar a un imperativo ético, como metáfora de esa otra metáfora que afirma: quien tiene la llama debe arder. Es decir, y como él mismo ha afirmado tantas veces: que la escritura sea esencialmente un acto de solidaridad rebelde desde la soledad del hecho creativo.

Por tanto entenderán ustedes que les hablo de un ser conmovido del mundo. Profundamente. Que ha osado atreverse a amar. Que habita el territorio propicio de la escritura. Manuel Padorno, un poeta nuestro que vive a la sombra del mar, califica este territorio propicio como el territorio del amor. Porque está hablando de una elección: uno elige el territorio donde el lenguaje y la realidad mental se van ajustando a la palabra: donde se define como hombre, donde cala desveladamente, donde el lenguaje invoca, concreta, precisa.

Descifrar la expresión de la vida cercana: he ahí una tentativa de identidad del hecho creativo, en el que Víctor Ramírez se ejercita conmovido.

Claro está que la *Literatura es más amplia que las fronteras*. Y Víctor Ramírez, narrador y fabulador, se ha abincado sobre esa pregunta que dice: ¿inventar la realidad o rescatarla? Ambas cosas, se responde: y así definirá un espacio de la expresión literaria.

Aquí hay dos relatos que son la expresión de, por un lado, la invención de un mundo: la vez entre después y ahora; y, por otro lado, el rescate de este mundo: además lo primero. Y dentro de estos dos mundos nos encontramos habitando a criaturas en, contra, sobre, de un paisaje dramático, austero, terco, solemne, hermoso, trágico, inútil, caudaloso. Son seres solos, aislados en la isla y que se proponen como prototipos universales.

Del primero de los relatos, la vez entre después y ahora, sabemos que sólo ha sido editado anteriormente en el ya clásico *Cuentos Cobardes* (Madrid, 1977, por Taller Ediciones JB) y que fue escrito, según palabras del propio autor, en el 75 y para «engordar en algo» dicho libro. Poco imaginaba Víctor Ramírez que había conseguido escribir uno de los relatos más sugestivos (tanto en la historia como en el lenguaje) de los por él creados hasta el momento y, por supuesto, de nuestra literatura. Usted, lector, podrá dar fe de ello.

Del segundo de los relatos, además lo primero, que es cronológicamente anterior, podemos decir que fue editado por *Planas de Poesía* en 1978 y que desde hace varios años se encuentra agotado. Consideramos de interés la *Aclaración y Dedicatoria* que el autor insertó en la página 5 de dicha edición:

«Este relato, escrito por el Víctor Ramírez de la Navidad del curso 1969-70, ha sido respetado íntegramente, y a pesar de las discrepancias inevitables, por el Víctor Ramírez del Otoño de este 1978, salvo en una media docena de palabras y en el título. Este era, originalmente, *La primera lección bien aprendida*.

Como en gran parte se debe a Angel Sánchez el que me decidiera a darle luz pública, a él va dedicado coyunturalmente y con todas las consecuencias. También quisiera que se vean aludidos en esta dedicatoria mis hijos y mis alumnos y alumnas de ayer, de hoy y de siempre, pues para éstos, inconscientemente tal vez, fue escrito»

Como aclaración para el lector actual de estos dos relatos tan dispares y tan importantes de nuestra narrativa, hemos constatado que ha habido bastantes correcciones, sobre todo en la puntuación (justificadas por el autor con que se hará más ligera, y atractiva, la lectura), correcciones que no atentan mínimamente contra el contenido de las respectivas ediciones anteriores, al contrario: creó que lo subliman.

Cuando Víctor Ramírez enseña su escritura al mundo, el mundo está en su escritura: abarcado por el signo y la expresión. Revelando y rebelando una condición imaginaria, descarnada, inteligente, feliz. Trascendido desde el espacio espiritual insular: Víctor haciéndose detrás de su escritura las mismas preguntas seculares desde la asunción de la orfandad. Es decir: como el hombre rebelde de Albert Camus, aquel hombre que es capaz de decir NO.

Víctor Ramírez dice NO a través de esta escritura suya, que es el anverso de un ejercicio intencionado: el desaprendizaje. Desaprende de los códigos sobresaturados del lenguaje. Se desposee de intermedias discursivas paralizantes, recobrando la frescura de las significaciones más primitivas: la de los desposeídos.

Su escritura es como esa misma periferia: superficie intrincada de nudos, que es tanto o más reveladora que la intencionalidad de profundidades sociológicas.

Un recurso espléndido, aparentemente tan sencillo como contar-nos historias desde la tradición oral, manteniendo a la vez que recreando la sintaxis popular y su correspondiente complejo universo semántico. Ahí te quiero ver.

Esa es precisamente la singularidad de Víctor Ramírez y la fascinación que ejerce sobre sus lectores. Apresando ese estado casi premoderno que se esgrime contra la aldea universal y es así mismo la aldea universal: la vida agazapada en las periferias urbanas, como un melodrama ancho y ajeno, como una estremecedora metáfora de la misma, implacable, exuberante, maldita, encantada realidad.

CRISTINA R. COURT

LA VEZ ENTRE DESPUÉS Y AHORA

No sería el acento de su habla en sí, no: sino su coyuntura de posible víspera, además de esa nefanda casualidad de que la mayoría de los liberadores paladearan las palabras como él, lo que nos confundió y cegó:

la cobardía impuesta es fuerza violenta ante todo indefenso débil, y Sasa nos iba a resultar eso: el chivito negro sobre el que expiásemos nuestra embrutecedora situación de reprimidos.

Normalmente se escupe hacia abajo, Sasa era lo más bajo y no se marchaba de aquí: se ocultaba, apenas si se le veía últimamente. Y nos olvidábamos incluso de él hasta que alguien nos lo recordara diciéndonos, desganado y sin sacar las manos de los bolsillos —señalando con uno de los pies—, que lo había visto merodeando por allá. Terminábamos diciendo lo de siempre, cada vez con menos convicción: soplón de la mierda y cosas así.

Dicen que llegó sin presagios, escuálido y con la sonrisa que jamás le abandonaría, la sonrisa de la añoranza imposible: arriando un camello cargado de chufas bolivianas, altramuces nortños y falsos cocos de la Indochina, con una concha de caracol marino

que hacía aullar desde su boca y una ramita de perejil gigante colgándole al hombro. El camello lo había vendido ya al segundo mes de estancia entre nosotros y nadie lo desamaba todavía.

Y lo forzábamos a hablar porque nos entretenía su cómo, y a veces lo llegamos a ver llorando de felicidad marchita y sentado en lo más rincón de donde estuviere, así de encorvadito y aceptando sólo hasta cuatro vasos mediados de vino triste —ése de las viñas del sordo Melián—, siete aceitunas negras y el pimiento verde frito de todas las noches en mi cantina. Dos días antes lo había dicho poniéndose ágilmente de pie, que sí: sí, señores.

Porque éste es el mejor sitio del mundo: y aunque no se deba jurar en vano, he jurado morir aquí pásame lo que me pasare. Su tal vez condición de sospechado precursor de la Liberación fue luego, tras el tiempo, y retrospectivamente, de culpable fácil: y usted sin enterarse, don Apriorístico, y usted dando de comer con el dinero de nuestros diezmos y primicias a ese cerdo judas.

Lorenzo, hermano mío, he constatado que no te queremos mal aquí en la aldea y eres hombre no de trabajo rudo y sí de espíritu volátil. Puedes apreciar mi vejez, cómo me encuentro de desventajado por mi parte. Piénsalo: sin apremio y sin obligaciones, hermano Lorenzo. Pero darías un gran gozo a este pobre cura viejo si compartieras mi hogar a cambio de que ayudes en las cosas de la iglesia.

Sí, señor: porque éste es el mejor sitio del mundo y, aunque no se deba jurar en vano, he jurado que... Y se dejó hacer bastón del anciano sacerdote que, apoyándose en su brazo derecho, de puro contento canturreó unas coplas a la muerte de su difunto padre adoptivo.

En cualquier más adelante, Sasa se habrá decidido, por algún equívoco pormenor, a pensar que debió haberse —¿por qué no?— quedado sin porvenir. Y si la gente se insta a vivir para probarse que muere, surgirá en lo evidente el inapelable sutil hilo de la cerril certeza: a ella se atendrá forzado, y sin un consolador repente para cazar sosiego, lo inoportuno: tu sola presencia, hijo mío Lorenzo, dondequiera estorba. Sí, papá. Y te permitiré besar mi mano para que vayas con Dios y para que quede constancia de que, aun corriéndote de la casa paterna, jamás llegó a tanto el odio a arrebatarme, hijo mío. Adiós, papaito.

Detrás de un devenido nunca, aguarda con casquivana ligereza el presuntuoso quizás. Y Sasa marchó sin girar la mira del desconuelo futuro y sin enterrar las persistentes nostalgias del inmediato más acá.

El vigésimonono año después, Sasa espoleaba momentáneos furtivos cariños a un perrito, y éste se tornaría de lo más mimoso y malcriado sin ser de suyo propio y sin consideración a ser el por aquí perrito único blancuzco de nombre Canelo, propiedad que hubo sido del en paz descanse Lucio «El Ciego» que algo veía: perrito exclusivo en raza y prestancia y en de probada paternidad sin escrúpulo evidente.

A pesar de lo que se creyó y del circunstante vacío vecinal hacia su casietérea figura, Sasa mantenía un habla firme, sonora y en tenaz lucha con el deje extraño que nos trajo imperdonable desde su tierra, además de una cierta mirada huidiza y humedecida: sin cesar de sonreír, por supuesto. Mas no será, ésa, historia para contarse después de la cena, y el perrito fue —tras deliberación atrabancada— bien atado hasta morir de amor maldicho y empero los elogiados desvelos de la curandera estéril Melisa.

Sin embargo, y en un pordescontado difícilmente verificable, Sasa —extático azar melindrero durante aquellos huecos de su existencia— solamente lograría autoengañarse a voluntad prieta en escasos irrecuperables momentos de una miserable pacífica y hermosa por decreto época intermedia: a título de información inevitable, se supone que debido a un típico error de santidad senil de don Apriorístico, aquel legendario párroco siempre feliz de la aldea en sus finales protohistóricos.

También ha abocado hasta mi conocimiento la creencia de que su venerada personalidad sólo quedó plasmada con imaginable precisión en el arretanco sexto del poema sin versos endecasílabos que narra con arrebató fingido el indiscriminado común amor pasional blanco que sintieran las tres generaciones y esa porción precoz de la cuarta hacia la vehemente hija muerta de la Munda —¡y que Dios nos perdone!

Sin embargo —y con todo el dolor de mi corazón— me veo en el ineludible deber de comunicarles, queridos e ilustres colegas, que por orden gubernamental dicho poema no ha existido o, como santificó pontifical el insigne Melchor López, mejor se perdió en las brumas violáceas de nuestra injustamente poco ensalzada desidia bendita. Privilegio intransferible: a fin de consolarlo fastidiándonos en su postumidad, Sasa llegó a llamarle don Apri.

Nadie me va a discutir que el olor de santidad resulta más lento y que no fue el desasosiego de su maternidad frustrada lo que desbocaría a don Apriorístico a tomar las riendas del despiste: lo sugestionable rehúye cálculos, válgame Cristo. Lorenzo, hermano, ya va siendo hora de que te atrevas a llamarme don Apri.

A Sasa le dolió una muela al oírlo, husmeó intuitivo el vuelo de la cercanía de una santidad mañsa. Y sin pedir la venia se arro-

dilló a besar la raída orla de la cuestionable sotana. A solas y calmado tras la justificada desazón, se preguntó Sasa si podría vencer la tentación de darse el único gusto que llenó aquella translúcida etapa de su vida: silabear con fruición el nombre de don Apriorístico.

Mas no había que temer por Sasa: acostumbrarse fue su pertinaz sino. Además de que escasas serían las ocasiones vitales en que tuviera que dirigirse oral directo al párroco. Quizás pensaba Sasa alguna vez: «lo que no pienso es que el silencio puede llegar a ser germen de hecatombe».

Y, para nosotros cuatro tan sólo y que no se sepa por ahí, la duda tras su reivindicación póstuma: lo a no saber de cierto —mejor ni cavilar sobre ello— si sería por malsano regusto, si sería por venganza zorruna o si sería por simple humana esencia incontrolable, ¿oyó usted?

Porque, al final, un resultado esclarecedor: aldea sitiada, algunos disparos cruzados y rumores de que son ya cinco los muertos, doce los heridos y más del centenar los desertores —el señor maestro entre éstos y paladín vociferante que fuera en la hora prima. Porque, a la ceguera de santidad por las cosas terrenas de don Apriorístico, había también una hebra atada fatal a la soledad sin remedio de Sasa.

Y porque la repentina ocasión fuerza, cincuenta años después, y en su pacientemente desesperada masonería clueca, a Viviano, sí: el ebanista de asimismo reciente liberación. ¡Cuánto nos preguntamos sobre tu persistente estancia entre nosotros!:

desquerido, majadero en tu silenciosa sonrisa torcida, en tu ligero caminar de fugitivo desprotegido hacia su guarida, Sasa, olvidado tantas veces a causa de tus enclaustramientos interminables, ¿dónde demontres?:

ni en la misa te véamos, sólo la hija muerta de la Munda parecía saber intuitiva de tu presencia oculta en los resquicios de una tiniebla de incienso turco y poleo mauritano.

La luz de la desdicha mansa continuaría envolviendo al pueblo aquella mañana sin amanecer cuando: «don Viviano, de usted el señor cura aguarda un favor», dijo el inesperado Sasa, atrevido en la sonrisa borrosa e inocentándose por el tono de la voz. Y — antes de volverse para mirar a Sasa— el ebanista digeriría diablos mientras lo escuchaba en imprevisto, de espaldas y agachado sobre el bebedero de las palomas:

«a la muy puta de tu madre —mascó el viejo y tragó una saliva entabacada—, maricón godo de mierda». Que en paz descanse la santa —oró sincero Sasa, y se santiguó tres veces rápidas con su mano ágil, la izquierda.

Las palomas ya se habían urgido a desentumecer el aire mañanero, y la cabra se puso a balar en un no se sabía qué espasmo ansioso cuando el viejo giraba sobre sí ya de pie y con el brazo extendido hacia el detrás de Sasa:

«sacristán del coño, me dejas tranquilo y te largas corriendo, que hiedes» —y volvió a darme la espalda y solicitar con entonación melindrosa paciencia a la cabra, don Apri, que parecía entender la animalita dejando de balar.

Dice don Apriorístico que pida usted por su trabajo, que se le pagará óptimo: las palomas —un bochudo blanco patinegro primero— comenzaron a aterrizar desmodorradas hacia el millo esparcido por toda la azotea y buscando las zonas más alejadas de Sasa, que se había encucillado y mordisqueaba un pajullo de alfalfa seca:

y que Dios se lo tendría en cuenta, don Viviano — también le dije, don Apri. «¡Ni don Viviano ni don Leche, carajo!» y otras palabrotas. Y con un gesto casi dulce de rabia volvió a señalarme la entrada a la azotea —«¡fuera, maldito!»

Aún era, Sasa, época en que, ignorante de todo cuanto te achacaban, te atrevías a salir de tu guarida e intentar el diálogo, pugnando con tu forma de hablar para que se pareciera a la nuestra en el cómo: lo que te hacía más despreciable, Sasa —el acento de tu voz, igualito al de los Liberadores inmediatos, tu condición de víspera, mejor ni recordarlo.

Pero se cansaba Sasa de estar en cuclilla moruna y, sin prestar atención al exhorto de Viviano para que se largara y lo dejase tranquilo de una puñetera vez, se sentó derramadito en el suelo y escupió con educación en la palma de su mano izquierda la hebrita de alfalfa remasticada.

Incluso le dije que le interesaba ir quedando bien con la Santa Iglesia, don Viviano, don Apri: y se lo hubo dicho con el remilgado tono rabioso del que mendiga como si nos hiciera un favor pidiéndonos caridad. El ebanista pareció no escuchar, porque se sentaría en la piedra plana a ordeñar la cabra: murmurando algo como de seriedad para su sí propio, don Apri.

Viviano, Sasa, don Apriorístico, el azar desganado, aburriéndose, siempre lo mismo. No: lo vimos con nuestros propios ojos defender la entrada de los Alejo al frente de Benigno y los suyos, una honda en la mano derecha, el pírmano de la bandera en la mano izquierda, a su edad, un pie y la mitad del otro en una tumba de tranquilidad, venir a morir así, hombre, principiar otra tragedia más para la aldea, como si en ajuste de cuenta por lo que le hubiéramos endosado, sí: pobrecillo Sasa.

Era no mala persona el Viviano a su pesar y fama, no: «vamos a ver, ¿y qué es lo que quiere el cura de mí». El pretexto se va sustanciando, entorna asfixiante: hubo un tiempo en que don Apriorístico ¿para qué? leía, sin anteojos siquiera, incluso el tailandés selvático y ahora ceguea de santidad un algo más que algo y terminó haciendo añicos al Niñitojesús de lozachina caído de la temblera de sus mire usted qué finas manos de místico insomne.

Usted no se preocupe, don Apri: que hay quien pueda confeccionar un Niñitojesús patrono de aldea más lindo incluso que ése que ha roto usted. Y deje de gimotear, por el amor de Dios virgen: una lágrima muerta se detuvo al borde del ojillo más abierto del ancianísimo sacerdote y le tembló más aun el quejor: «gracias, Lorenzo, hijo mío».

El hijo más chico de Vivianito cumplió anteayer catorce años y no puede acceder a la azotea porque Sasa se lo impide al estar sentado el maricón chivato godo de mierda ése en la misma entrada a la azotea: «¿me permite?», con un puntapié en los riñones —lo que me hizo volver la cabeza y recibir un salvazo en la oreja izquierda, don Apri— a Sasa el sonriente a pesar de todo.

«Dondequiera, hijo mío, estorbas», reprochaba siempre mi padre: y con buena crianza rodó el trasero para que el chico pasara: «papá, abajo está Trejo el de los espejuelos negros; que qué le digo, dice mamá, de lo de él». Llamábamos Rubio al hijo más chico de Vivianito el ebanista no sabemos por qué, si no lo era ni se apellidaba así.

Y fue de los que morirían en la primera insurrección el muchachillo, justamente diecisiete minutos y quince segundos por mi reloj antes que Sasa y en la salida del Fonduco mientras intentaba huir la criatura llorando a moco perdido y al estallar la única granada que se empleó incluso sin el permiso oficial pertinente.

Dile a mamá que le diga que me daré un salto por el almacén al mediodía, esta vez sin falta: «así que quiere el señor cura de esta

bendita aldea que le talle un Niñitojesús de este tamaño más o menos según tú y porque se le hizo migas el que tenía, mire usted qué bien». Dile también que me recaliente el potaje que sobró anoche: «y ¿sabes tú, cobarde soplón de los infiernos, quién soy yo?».

Sasa bajó la mirada y se levantaba ágil sin sacudirse el polvo: «¿no sabes que me escapé del desrisque porque le salió plan a tu valiente sargento?» Pero Sasa no se iba, inmóvil: contemplando como hierático y sin ver a la cabra negra rumiar y mirándolo, y comprendió: «¿y no sabes, perro sarnoso, quién era el plan?»

Sasa sí lo sabía y dijo susurrando: ustedes se equivocan conmigo, don Viviano: «¡fuera de aquí, maldito soplón!», y no era mi sargento, don Viviano: «¡que te largues o ...!», jamás he sido un soplón, don Viviano. Y me vine, don Apri.

Pero lo pensaría mejor Vivianito, se carcajeó ruidoso casi rebuznón en solitario hasta que su mujer se hartó de oírlo y le llamó loco setenta veces siete mascullando rabiosa las sílabas. Aceptó el encargo, don Apri, ¡aleluya!: «di al cura que gratuitamente», y gratis, don Apri. «Dios te lo premiará, Lorenzo, hijo»: me lo acaba de comunicar su chico el Rubio.

Y si hubiéramos sido un poquito menos desconsiderados y al-guito más conscientes, habríamos advertido que Sasa pudo hacer uso y abuso de su envidiable, no me digan que no, condición paisana de ellos cuando se nos llenó la aldea de Liberadores controlando los altos cargos.

Sin embargo vimos que no. Seguiría en su puesto de sacristán malvisto y maldito, inclaudicable y para colmo ya enfermo de celos crónicos desde que se sorprendió aquella aurora sofocado de amor repentino ante la Malenita de amarillo y verde acercándose virginal a la comunión del último viernes.

«¡Dios mío bendito!: ¿Malenita la Sucia? ¿Se refiere usted por un casual a la madre de los Ciempiés, que en paz descansa la pobrecilla?». Ella nunca lo sabría porque así es la vida, viejo, y ya ves:

Viviano me llamó y fingía seriedad cuando me dijo que me iba a mostrar esto, alargándomelo: «es para el cura, que se le rompió el otro por ser de tiza ruin». Casi me descojono de la risa al verlo, cinco días estuve sin finchar a mi señora, y tuvo que quitármelo de las manos con decisión delicada:

«trae, no lo vayas a astillar si se te cae al suelo». ¡Pero Vivianillo de los mil demonios...! y continué riéndome.

Sasa continuó impasible al verlo, pues su sonrisa no menguó ni se acentuó: lo que a la larga nos llevó a más de cuatro a elucidar conjeturas de una posible miopía en sus ojos, cuya cuestión se desecharía inapelable en vista de su certera puntería cuando la primera insurrección última.

«¿Que por qué su indiferencia ante la estatuilla al contemplarla ya en el regazo de la Virgen Maternal? Nadie ha dado alguna explicación convincente y las teorías e hipótesis que alcanzaron preferencia sobre las otras fueron barridas sin excepción cuando el ordenado desbarajuste patriótico nos anegara».

Sólo cesó de sonreír oficialmente por vez primera y última ya a punto del desangre total, mientras murmuraba —para asombrar nuestro— sin el menor vestigio de su acento primitivo: «que no dirán ustedes que no manda cojones morir en los brazos de mi Maleni bonita», acordándose con olvido —el pobrecillo— del infierno solitario de sus amores enmuñonados durante tan largo tiempo.

Dios te tenga en los reinos de su Gloria, valiente Sasa, aunque luego se prohibiera su inhumación en sagrado: «que lo entierren

en tierra bruta, donde lo trille el ganado», ordenaría marcial uno de los tres cabos gordos. Pero:

o lo quemaron hasta ceniza o lo comieron integral los perros y los cochinos vardagos de la Señora Marquesa, que el señor notario no suelta prendas: secretos de profesión —y se atusa el bigote con aires de cumplidor insobornable tras dar otra larga mamada plácida al cigarro puro angoleño.

«Son verdades, mentiroso: Malena la Ciempiés murió por lo menos quince años antes que Sasa y podridita lazareta». ¿Así que no eres tú mi Maleni?, y volvió a sus labios la perenne sonrisa del desterrado, ¿sino que te llamas Rosalbita? «Puedo atestiguar bajo juramento que el infeliz no tuvo tiempo a la dulce decepción porque se apergaminaría su sonrisa al tiempo que lanzaba el último de sus suspiros: ¡por esta cruz bendita!».

Mire usted: en nuestro específico dónde, tropezará, hombre sin tino que es y sin fundamento, con su, no me delinca por favor y ponga una poca más de respeto ¡caracho!, con su cualquier indiferente reparo: y allá se alzó Sasa encorcovado y tembloroso blandiendo apóstrofes y diacríticos acentos muy nuestros, emocionantes y lacrimógenos, en defensa de la patria chiquitita que tan mal lo adoptamos, ¡esta vida! El tiro se lo pegaron en la ingle izquierda y se acurrucó la balita al socaire del fémur tibio, y la poquita sangre que le quedaba se derramaría flojito, gotita a gotita.

«Dispuso de dos armas insobornables: sus cojones, según publicó en su impublicable libro prohibido don, don, don ¿cómo coño se llamaba aquel profesor que tuvimos que captar en plebiscito plazoletero porque no dejaba virgen a chiquita virgen que pasara por su aula?»

Y aireaba a la noche esa sonrisa de héroe sin recompensa y una como bandera que, según subterráneos rumores, se prevé será la

adoptada con unanimidad tácita por el paciente movimiento independentista en el exilio interior, cosa que no creo: un trozo de sábana amarillorroñosa con una inveterada meada seca dorada en el mismito casicentro derecho e imitando —es lo que cuentan los pocos que lograron verla de cerca bien— a una pisada triste de camello ahíto.

A raíz de una insinuación del pastor de cabras pintas («caracho: ¡así que Sasa se meaba de frío en la cama!») tuvimos por pertinente acto de penitencia reivindicadora el mearse en la cama una vez al año en memoria de Sasa. Y hubo su discusión al señalar la fecha, pues: unos, los menos, indicaban que mejor sería el cinco de mayo y otros que por qué no el veintidós de marzo, coincidiendo así con el final de los furores invernales de nuestras mujeres, que: «por cierto, no vieran ustedes cómo se pusieron en su sitio, calientes como machas, al enterarse de nuestras intenciones revolucionarias. Y se reunieron en la tienda de Encarnacionita la del pescado y derogaron nuestros propósitos sustituyéndolos por mejor atendieran más a sus esposas y se dejaran de cochinas estériles y nos llevaran al cine en los días de fémina y a tomar luego chocolatito con churros en lo de Néstor, en vez de meterse toda la tarde a chupar ron en la maldita sociedad ésa de los infiernos».

Y alguien de nosotras, ante el insalvable imprevisto, planteó con voz de monja desmayándose pero aguda de ingenio: la posibilidad de que, si Sasa se hubiera casado, seguramente se hubiera portado como un marido modelo, pues su sonrisa no me dirán que no era la de un desperdiciado marido modelo.

«Tomen ejemplo». Y que si se meó en la cama fue por viejito y porque haría frío para levantarse y cruzar el patio hasta el co-

rral, y más si es de noche cerrada, con lo calentito que se está en la cama. Además:

la duda cierta, «pues ¿quién es el guapo que se atreve a asegurar que la bandera fue sábana de Sasa o un simple azar de estercoleo?». Y los hombres tuvimos la vergüenza de mirarnos unos a otros en el silencio de culpabilidad admitida que provoca la evidencia del fuera de juego colectivo.

«¿Y quién sabe si no fue la sábana del cura Expedito, por ejemplo, traidor en la hora de la hora que hay que respetar hoy y obedecer hoy porque nos ganaron ellos y eso es lo único que de verdad importa? No se oviden, por favor, de quemar las proclamas cuando lleguen a casa.

Los clandestinos honrados tuvimos que callar con rubor: «tienen razón las parientas y ¿verdad que joderá lo suyo el dormir sobre húmedo?». Pero aquella noche la partida de envite resultó un rotundo fracaso sin retorno y hasta el ron con pejines nos supo a demontre puro.

Cuando dejé de reír, le pregunté diáfano: «¿y este orito de dónde salió?». Viviano me dijo que era de una cadenita de oro con medalla de cobre que heredó de su abuela la de Cuba, ¡mentiroso de porra!. «Es un regalo mío a la parroquia», un regalo de Viviano el agnóstico a la parroquia y para que luego digan: «y que conste en el sermón del próximo domingo».

No se comentó en ninguna suposición posterior la evidente actitud de don Apriorístico: no veía ni torta porque alcanzaba los linderos de la santidad precoz y aceptó con muestras de gratitud radiante el esmerado regalo de nuestro hermano Viviano, que asistía a Misa por primera vez y que, lo juro por mi madre, ya no dejaría de asistir ni un domingo o una fiesta de guardar:

«lo que resulta claro es que provocaría al principio mucho comentario, pero a todo se acostumbra uno, incluso hasta a ver a Vivianito con su traje de domingo oloroso a naftalina llevando del brazo en ganchillo a su señora Leonorita, que no cabía en sí de regocijo llorón sonriente».

De la virginidad de Sasa nadie dudó y hay que admitir por encima de todo, aunque con las reservas del caso y a pesar de la propaganda que en su contra nos imbuye la oficialidad de estos momentos, que fue casto y que sus amores por Malenita, en paz descanse, y por los animalitos en general fueron petrarquianos de ombligo para arriba y no bocaccianos de ombligo para abajo, como han pugnado con pérfidos artilugios sus enemigos por demostrar.

Y no será para restarnos culpabilidad, pero sólo se nos revolviéron las tripas cuando lo veíamos: y de esto, gracias a Dios, eran menos las veces, casi ninguna en los últimos tiempos: «anda y cierra el postigo, hijo, que luego no pego ojo con el dichoso reúma este que no me deja vivir». Y avisa a tu abuela: «que a ver cuándo me trae el agua con sal de azalea para los pies, ¡estas mujeres de hoy!». Sí, abuelo.

En algún dónde que se te escapa de la memoria si te descuidas —seducido por la sirena oficial— y en cierta menguada eventualidad, que de todo hay en el mundo (y más en el extranjero, publicándose provocaciones desinfectantes que nos infestan), se mantuvo hasta que se cansaron de olvido esa teoría: «todo lo que se presiona tanto, demasiado, acaba por reventar» —cuestión que se acerca a la realidad en determinadas ocasiones, pocas, muy pocas ocasiones, y por mor de sinceridad acatada.

Y abusan de nuestra escasa fe, para hacernos creer que no fue un pretexto bien aprovechado por las oscuras fuerzas contubérni-

cas del desorden materialista esa defensa que hicimos del Niñito Jesús de pichitadeoro cuando aparecieron inesperadas las autoridades en pleno, eclesiales y civiles de tercer orden, su Ilustrísima en cabeza principal y arremangándose la sotana: «las militares no venían porque se hallaban en paro laboral por cuestiones de sueldo, además de que habían muerto de peste muchos caballos y no iban a realizar el viaje a pie o a la pela de los soldados». El alquiler de camellos y palanquines estaba por las nubes —eso era lo que se comentó a boca torcida antes del Oficio. Y nadie sospecharía el desenlace: «sé lo que me digo porque yo andaba al tanto, oído avizor como siempre». Pues, si quieres enterarte de todo cuanto pase en la aldea de puertas afuera y de puertas adentro, monta una barbería y verás ya.

«¡En barranco seco no se pescan salmones!», al alarido inaudito de Sasa con voz como la nuestra ya sin deje extraño —lo que nos cogió de sopetón adormilados, porque si preguntabas a alguien «¿cuándo fue la última vez que oíste hablar a Sasa?» te hubiera respondido rascándose la cabeza «no me acuerdo», que le preguntaras a Melado, de los más viejos y para colmo sordo santurrón malhablado que no sabía leer ni escribir pero sí hacer noventa y tres tipos de nudo diferentes a cual más difícil de desanudar.

«¡No nos dejemos arrebatarse nuestro Niñito!» — enarbolando un cacho de sábana ranciosa amarrado a un pírgano de escoba— «¡luchemos contra el invasor colonialista, contra la iglesia anticristiana opresora, seamos libres para poder ser justos!» y cosas malas de ese tipo cariz y que nos arrastrarían otra vez al desastre, en la portal abierta del templo: «su silueta escuálida a contraluz, pues era por el mediodía casi y picaba el sol contra el derrame de loma aquel, ¿lo ven?, y reverberaba hacia acá encegándonos».

Luego diría inocente que se debió a la curiosidad: pues siempre había creído el zoquete que los curas no tenían eso, y jurándo-

lo por lo que más quería en el mundo. Pero de nada valdrían disculpas ni lloriqueos, y nos lo pusieron colgadito al sol después de fusilado durante los prescritos diez días laborales:

«no vieras el trabajo tan costoso que pasábamos espantando los guirres que venían de todas partes por la noche y por el día, sin descanso los pocos que quedamos después de la limpia que nos hicieran». Y si Méndez el de la Lomita no echa manos a la empresaria de su Eminencia Ilustrísima, que recién había brindado una cariñosa severa plática a sus queridos feligreses con palabras que apenas entendíamos de tan floreadas,

y si su Eminencia Ilustrísima no suelta aquel berrido tan de nosotros, tan sin embargo nuestro en pelea callejera, aquel berrido en un estorbado salto desde el cajón de plátanos en que se hallaba encaramado para arengarnos y que habíamos adornado con esa colcha verde tan bonita que trajera el verano antepasado Serafín Mota de su viaje a Dahomey en visita a su novia la ministra,

y si no se hubiera empeñado terco el zoquete Méndez en saber si también su Eminencia Ilustrísima tenía eso en la entrengles como nosotros los normales, pues en la primera intentona no había quedado seguro, trincándolo por la nariz para que se estuviera quieto, hombre de Dios,

y si el señor alcalde pedáneo no se hubiera despertado ante tales ruidosos alborotos gritando «¡que muera, que muera!», no se sabía quién ni a quién, aunque luego diría suplicante sin servirle para nada que eran cosas de un mal sueño,

y si no hubiese sido tan enervante la peste que echaban las autoridades que se cagaban de miedo y hacían vomitar a nuestras mujeres más delicadas y desmayar de fastidio a la hija muerta de la Munda,

«aquí no pasa nada de nada por más que gritara aquellas cosas incomprendibles Sasa enarbolando el cochino trapo de nuestra perdición».

Hijo: la desgracia se engalana bien para llamar la atención y no seguir sola. Y aquello no lo pararía nadie por el momento.

«¡Pero al Niñitojesús Pichitadeoro no nos lo roban mientras esté vivo yo!», y yo, y yo, todos, incluido don Expedito el párroco nuevo, Sasa al frente caudillo en su vejez y generoso en dejando ir con respeto a las infelices autoridades ignorantes de su misión de sicarios morales al servicio del opresor, aunque muy bien pagos —que todo hay que decirlo:

«dejándonos boquiabierto y sin distinguírsele del nuestro su olvidado para nosotros ya modo de hablar, papaíto». ¡Dignidad o muerte!, gritó con el permiso de don Expedito —que hizo así con la cabeza en señal de maquiavélica silenciosa, y no comprometedora, afirmación— Sasa,

«quien sería vitoreado por todos nosotros los machos y ladrado por los perros sueltos que se habían acercado por allí hasta la iglesia atraídos por tales bullicios. Yo me senté a descansar las varices un rato».

Hay alguien muy conocido por ahí que anda escribiendo con bastantes errores gramaticales un libro poemático sobre las andanzas indecibles de la hija muerta de la Munda. «¿Que aún no ha tenido usted el placer de conocerla? Claro, tiene usted razón. No lleva más que mes y pico entre nosotros usted, y no sacan a la hija muerta de la Munda desde finales del septiembre, aquejada la criatura de su asma de otoño. Pero mañana sin falta le llevaré a que la conozca real y observe qué colores tan vivos conserva sin artificios, qué piel más durazna a sus ciento doce años, qué caída de ojos al menor síntoma de deseada indeseable».

Y es la familia Raquelo quien mantiene el honor de su cuidado por mandato expreso del padre más probable de la hija muerta de la Munda, antiguo difunto duque mayor de nuestra querida perra isla. El cual duque tuvo amores bocaccianos muy febriles con la Munda de los mejores tiempos, amores que darían un fruto prohibido por el que... Mejor te callas.

A Sasa habríamos de atribuir las pertinentes responsabilidades y más estando muerto finiquitado, y lo erigieron en cabecilla de la rebelión: a instancias bien pronunciadas del —una vez pacificado el amadísimo suelo patrio— restituido párroco don Expedito, «que había retornado sin sotana y peludo y barbudísimo y calzando unas hórridas botas de montar jabalíes, retornado a reocupar su puesto parroquial y a cumplir férreo como vicegobernador de aldea con plenos poderes por encima del alcalde y del barbero»,

que, por cierto, había demostrado fehaciente en la guerrita de la Dependencia su gran amor a la Patria Grande, seleccionando escrupuloso a los culpables que irían desapareciendo, «dicen que unos rumbo al más allá y que otros a ser vendidos como esclavos a las valquirias succionadoras de hombres».

El señor vicegobernador párroco no vino solo, ¡qué va!. Traía consigo una bonita cantidad de mangantes desde su tierra allende los mares tan lejos, a los que hizo representantes del orden para «que aquí no se mueva ni una mosca sin permiso de la autoridad, voluntad divina».

¿Y la iglesia?: de nuevo llena por orden gubernamental, la Virgen sin su Niñitojesús de pichitadeoro como resignada a la pérdida de su hijito por mandato divino de las pistolas, al igual que tantas madres que ves por ahí postradas a tus plantas, Madre mía de la Victoria, «¡ora pro nobis!».

Y Sasa también fue fusilado tres veces en la plazoletilla del níspero solitario, a la caída de una tarde sin nube mínima siquiera en todo el cielo y a la vista de todos sin excepción «¡para que sirva de escarmiento, coño!»: no importaba que estuviese ya muerto de cuerpo,

para que nos quedase claro que tiene que morir también su memoria y así su nombre sonará a pura maldición hasta que llegue el venturoso tiempo en que ya ni se mencione y vivamos todos felices en nuestra ignorancia y en la más fructuosa de las perezas.

«Cuando un escritor con la enfermedad del ansia de verdad arraigada —el pobrecillo— tiene que recurrir a la prostituibilidad de la palabra, mal andan las cosas». Porque el verbo se ha convertido en propiedad oficial de los que pueden, pistola en mano, escribir la historia sahumeriada:

«y toda fábula, para que te empapes, requería moraleja al agarrar por los sobaquitos grises y velludos al cadáver desangrado total de lo que había sido Sasa y será hasta el polvo recuerdo de Sasa». Y lo arrastraron puro pellejo casi y la sonrisa de la decepción perenne con un toque irritantemente angelical hasta el pie sombreado del níspero solitario y hawaiano falso:

«regalo de aquel pretendiente afamado que le surgió a la hija muerta de la Munda, cuyo retrato jamás volveremos a ver a pesar de las esperanzas del tuerto Macario Luján», que —aunque reconociera que no lo vio— mantiene un sin embargo lo sintió.

Lo arrastraron para que pudiera ser fusilado escarmental por tres veces y con la desdicha de que todos falláramos los disparos hasta la orden de aburrimiento de don Expedito, que —estola en mano— gritó: «¡basta!», con el tono del amén cansado:

«y entramos ordenaditos en la iglesia al viacrucis de la desesperanza dulzona». A lo mejor nuestro hijo se fue al cielo porque la bombita de mano que lo reventó dicen que había sido bendecida bajo indulgencia plenaria por el mismísimo señor obispo gracias a Dios.

«¡Ojalá!»: y cantamos vibrantes el pecadores somos, Señor. Porque los que nos sitiaron no fueron, según sabríamos luego, soldados. Sino que resultaban ser unos mercenarios con hambre y pagados lo justo por el señor actual duque menor «y al no poder disponer de la milicia ocupada en emolumentos y monumentos, ni de las fuerzas del orden» —que bastante tenían con lo de la elección de misses más bellas que el carajo y la escasez de caballería para la necesidad.

«Yo, a quien aquí ven, me libré por polludo admirable» —aparte jactancia y sí el insulto. Un tipo con tal dátile entre las piernas no puede sostener sentimientos de insurrección profundos: «que le den trece vergazos, once pescozones y un beso de leproso en la boca, y que se vaya y porte bien, que ya es todo un hombroncito». Sin honor a verdad ni a leche machanga, cabe decir:

los mercenarios se comportaron con indigna corrección, «pues no registraríamos atropello ni vejación», lo pertinente al evento. Alguno hubo que sólo sonrió a las muchachas al pasear y repartió chicle siberiano entre las abuelitas desconsoladas por la nostalgia.

Por eso surge con el aire de la rebeldía sin esperanza la palabra gratuita, la que aparece donde no debería por mor de la necesidad de una clave indescifrable, esa palabra que parece decirnos Tómame y Desvírgame, Pero No Pases De Largo. Dedicame unos segundos únicamente tan sólo para que la historia brote inconexa y con la inocente maldad de un niño sin juguete que romper para luego desear llorándolo:

«¿recuerdan, hermanos míos, cuando, haciendo caso omiso al expreso en testamento deseo mandato del antiguo difunto gran duque y a riesgo desesperante de que por fin cayese fuego del cielo, se decidió por unanimidad y sin consentimiento previo de la infrascrita que, con el deber de urgencia —y a causa de la pertinaz plaga de langostas que nos arrebató a Porfirio Díaz y Julio César Santoro además de todos los cerdos y cosecha completa— que... ?»

no queda otra solución que bajar a la capital y prostituir a la hija muerta de la Munda, quien, por supuesto, aceptaba encantada y así nos lo hizo saber a través de su médium preferida, la cantarina llorosa Saturnina Ravelo.

Pero desaparecimos del mapa alrededor de doscientos. Y quedamos hábiles para aparear con garantías fidedignas tan sólo trescientos y poco más: frente a casi quinientas mujeres en edad de deseos inaplazables en cuanto llegase el invierno de la fiebre uterina, ahí mismito se podría decir:

«por lo que se elevó instancia sellada al cura párroco señor vicegobernador luego de la novena quinta por las ánimas benditas del purgatorio», en la cual instancia exponíamos en advertencia respetuosa y suplicante que:

mire usted que la situación se hará caótica, vuestra viceexcelencia no conoce a nuestras hembras en actividad invernal, Dios las perdone en su infinita misericordia a las desdichadas.

Se retiró don Expedito a deliberar, rezó lo pertinente a la situación: «de los cortos en número mercenarios vamos a tener que descontar cuatro impotentes, dos inapetentes sin remedio, un equivocado irresoluto y a Romualdo Giralda Powell, que prefiere la muerte mil veces a ser infiel a su queridísima esposa allá tan lejos y que cualquiera trae a estas tierras del diablo pintado».

Que ya vería cómo solucionamos esto —sobándose el lóbulo de la orejita izquierda con los dedos índice y pulgar de la mano derecha—, que no nos preocupásemos en demasía —sorbiendo moquillo de resfriado albeal—, que él y Dios velarían paternales por nosotros —balanceándose rítmico en la tumbona de mimbre gallego. Gracias, don padre.

El asunto está en que la noticia clandestina afirma sin titubeo que la hija muerta de la Munda lloró lágrima blanca cuando la prevista derrota sin lucha en la Liberación, lloró lágrima verde cuando no hubo necesidad perentoria de prostituir la al caer maná británico que nos alimentare: «todo antes que tal aberración» (aberración que tanto parecía gustarle).

Y lloraría lágrima negra diez minutos aproximadamente después de acabada la guerrita de la Dependencia, de la cual —si nos atenemos fidedignos a la prensa de aquellas fechas— nadie se enteraría, salvo nosotros y los quince sabihondillos de siempre, «que mejor se dedicaran a vivir en paz y dejen tranquilos en su ignorancia a los demás, malquistadores que son, ¡concio!».

Habría desfile solitario, cada uno en su casita, todo veintiocho de febrero: el deshonroso desfile de la humillación y después del café de cebada a las seis, «el gorro en la mano y el morral con la tirilla del luto a la espalda junto al zurrón del gofio». Mis hijos se reían de mí. «Sí, sí: todos fuimos testigos, incluyendo a Vespa-

ciano, el ciego del norte, y a mi abuela la otra, que andaba por acá de visita familiar».

Se iba a cumplir la olvidada profecía: olvidada no por falta de fe, sino por aburrimiento pertinaz ante tanto desastre seguido y por desidia ante tanto aburrimiento pertinaz por tanto desastre seguido y manso. Porque: «se debía tener la obligación de no olvidar la fecha, heredada de nuestros sufridos ascendientes y bajo palabra de honor».

Mas, aunque muchos cuánto repetíamos que «qué iba a olvidarme yo, tú estás loco pensando eso», nos olvidamos totalmente y para mayor repugno nos trincó la fecha conejando a la casi totalidad, ya que era época de celo otoñal e incluso recuerdo que mi hijito sordomudo Tobías hacía esa precisa noche sus primeras armas eróticas «obligado el infeliz por la orden a que se vio forzado proclamar de viva voz y en contra de su voluntad don Expedito Expósito Nuez, vicegobernador y párroco»: ¡roguemos a Dios para que nos ilumine con su luz!

No vieras cómo llegó llorando Tobías, ¡mi niño del alma!, asustado ante aquel resplandor tan frío, tiritando la criaturita, desnudito: «y a varios se nos cortó la leche para durante un largo tiempo, no creas». Y salimos entre despavoridos y festivos a ver qué tal imprevisto:

«allí se había posado silencioso y resplandeciente sin cegar, y helando los frutos cercanos, el carro sin caballos ni guía auriga alguno que venía en busca de llevarse por fin a la hija muerta de la Munda», la cual:

ni nos saludó al pasar por nuestro lado, y nos pareció tan engreída de soberbia como jamás hubiéramos sospechado —¿verdad, tú?—, «puede que ofendida por nuestro fatal olvido, pues debía-

mos haber debido dedicarle el día en despedirla con llantos y quebrantos y duelos dulces»:

con lo modosita que siempre había ella sido solícita, y ver aquella postura altiva de desdeñosa nos dolería cuánto después «porque el estupor nos cegaba el entendimiento —¿verdad, tú?— más que el resplandor del fuego frío que nadie vio llegar ni nadie vería marchar»:

y por más que la versión oficial sentenciara que había sido un sueño colectivo, enfermedad de nuestros perennes críticos tiempos de confusión y satanismo bendito «allí quedó como prueba la mudéz ciega de usted ya sabe quién, que se atrevió a decir con voz redonda que el carro de fuego no era de fuego sino que parecía de fuego».

Al final tenía que haber habido aplausos entusiastas y canciones de tristeza melódica, y Ricardito el de la tienda debía haber habido de hincharse a vender voladores y tracas florentinas, pero:

«el inimaginado orgullo fiero de la hija muerta de la Munda nos castigó tenaz, y no ...» No haga usted mucho caso a las mujeres, enredadoras de por esencia. Pero la mía asevera, con todo respeto por demás, claro que sí, sin vehemencia pero con plena convicción la pobre, que la Virgen de Oro se había asomado a la puerta de la ermita a ver curiosa qué era aquella luz tantísima.

No, no me haga usted mucho caso, que ya conocemos a las mujeres, no: quienes, por cierto, siendo su estación febril y completamente desmadradas pretendían aprovechar el magno acontecimiento repentino para celebrar una bacanal de pobres contubérnica y legítima:

por lo que comisionaron con urgencia alegre a cuatro de ellas y así pidieran autorización legal al señor vicegobernador párroco,

que salió pronto de su estupor y ni dijo sí ni dijo no, sino que se presentara una instancia de solicitud por escrito y rubricada clarito por la presidenta y sellada con el sello parroquial, que estaba perdido y que se encontraría en la primavera después, ya para qué:

«frigidez primaveral que aprovechó ladino la máxima autoridad para dictarnos, al final de una sabatina, aquella nueva orden por la cual quedaba terminantemente prohibido bajo pena de excomuniación civil que se hablara de la existencia de una tal hija muerta, ¡qué cosas había que oír en esta isla de locos!, de una tal Munda».

Más tarde tuvo que admitir tras un primer viernes de mes que la tal hija muerta de la tal Munda sí tuvo que haber existido porque constaba en los anales del antiguo difunto gran duque: «de lo cual dedujimos que el rapapolvo que se llevó de las altas esferas había sido de pelotas». Aquella noche de la rectificación pública se prohibieron por cojones los partidos de envite: para que se jordan todos, viciosos.

Al haber advertido que sólo cabía una solución doble para la cuestión del empareamiento, mejor era llevarla a la práctica cuanto antes sin dilación: ordenó que teníamos que marcharnos noventa y nueve mujeres jóvenes de la aldea a recorrer mundo, que es cosa buena e instructiva, ya que sobrábamos. Únicamente vuelvan si es con marido y certificación de matrimonio canónico, y que Dios vaya con ustedes.

De las que sólo volvió Aurora, la del Llano no, sino Aurora la otra, y casada con un negro sueco de pelo rubio y nombre que nunca apenderíamos correcto y al que acabamos llamando ¡Eh, Tú! para que nos contara siempre riendo con dientes bonitos y en su idioma cosas de su tierra ante el regocijo llorón de Aurora la otra:

«y las envidias cargantes de todas nosotras, ¡qué majón de almirez se gastará el endino!, con ver tan sólo cómo se le iban a Aurora la otra afilando los dientes de puro regusto». No es lo grande, no, sino lo bien hecho, no crean —decía ella, ufana y fingiendo modestia.

Antes nos hubo colocado a los niños sospechosos de precoz virilidad en fila contra la tapia de los desvelos: «éramos poco más de cien». Y luego de aleccionarnos con cariñosa pero severa tartamudez, nos ordenó que juráramos por escrito si eyaculábamos o no —que si nos corríamos o no—, el pobrecillo párroco vicegobernador todo encarnado de rubor eclesiástico.

Catorce juraron que no, treinta y dos perjuramos que sí. «Y a resultas de orgullo viril les diré que mi señora mujer no tiene la menor queja sobre mis modos de faenar erótico, y va siendo hora de que coja la maleta y me vaya para el colegio: que pone el maestro de rodillas a quienes llegaren tarde. Rosalbita, sirve café a los señores si les apetece o una copita de ron majorero si no, que yo ya me voy: adiós».

Al fin se subsanaba la crisis de los furores invernales por el camino de la decencia, y apremiaba sin más dilaciones injustificadas un Tedeum de acción de: «gracias te damos, Señor, por tu infinita bondad al habernos concedido la misericordia de tan recto e iluminado vicegobernador para que nos guíe, pobre rebaño que somos de ignorantes pecadores, a través de la senda de tu justicia y voluntad».

A don Expedito se le caía la baba ante tantas muestras de gratitud, y nos concedió permiso para faltar a tres rosarios seguidos: permiso que nos denegamos ariscos de religiosidad «¡pues no faltaría más!».

En el último libro que leí a escondidas, arriba en el palomar, se asegura bien escrito que Viviano el ebanista sí cobró algún dinero del antiguo por la confección del Niñitojesús Pichitadeoro, pero que lo devolvería luego de su repentina conversión:

«y esas tallas de santos desconocidos —y que cada cual pone el nombre que más le guste— las confeccionó él como estipendios por su inconfesable vida anterior que acabó confesando a lágrima viva ante don Apriorístico en menos de cinco minutos»:

el anciano mediociego de santidad párroco tenía mucha prisa y debió ser a cosa del mediodía: pues la línea de la sombra —se alongó para verla por encima de mi cabeza postrada a causa del remordimiento feraz— llegaba justito al umbral de la ermita.

Lo que no consta con claridad en este libro —ni en los raídos por la polilla incunables hallados en uno de los trasteros, nadie sabe cómo llegaron allí, de uno de los retretes de una de las casas de Angel Sánchez— es qué clase de oro mágico utilizó para la pitusita erecta del Niñitojesús:

«pitusita que fue creada un poquitín mayor de lo normal, para que resaltase lo propio». Mas la venganza masónica de Viviano no surtiría el efecto apetecido, sino precisamente sucedió al contrario: nos creció la devoción hacia el Niñitojesús al verlo tan humano como cualquiera de nuestros hijitos al despertarse:

con ganas de hacer pis. Y la iglesia se nos haría pequeña ante la tanta gente que la frecuentábamos por vez primera con auténtica fe. E incluso se permitió en breve lapso de tiempo aletargar el odio hacia el dónde recoño estará el cabro de Sasa, que se escondía en la buhardilla a recrearse infernalmente con los sonrojos de Maleni, que ya se había enterado de que yo:

«¡tiempos felices aquéllos, cuando la paz nos bañaba con su niebla de resignación patriótica!», de que yo le estaba echando el ojo y había plantado asimismo a la puerta de su casa un ciruelo conejero en su honor: circunstancia que Sasa claro que conocía pero qué le vamos a hacer si es la vida así y quien trabaja madruga.

La Liberación había venido y se había ido nadie supo ni intentó saber cómo había sido: nos enteraríamos detalladamente por la hojita parroquial que nos peroró don Apriorístico el de los mejores tiempos y por la presencia de aquel batallón que llegaba sediento a la aldea un amanecer de luz verde y con los porrones vacíos por tan larga caminata.

No sospechábamos los contertulios que tenía la aldea necesidad de limpieza. Ni que, por ejemplo, los hermanos Reymundo, medio tarugos en su feliz inocencia de analfabetos íntegros, eran enemigos de la Patria Grande: porque uno de ellos había, dicen, dicho una vez bajo el signo de la ignorancia que por qué, mira tú qué cosas, unos pocos con muchísimo y unos muchos con poquísimo, «¿verdad que son un misterio las cosas de Dios?».

Hasta el mismito Leoncio se llevó un pescozón por tolete: a quién se le ocurre preguntar que quién es la Patria, que si no éramos nosotros propiedad del señor gran duque de aquel tiempo. «La suerte que tuvo Leoncio no sabrá jamás apreciarla, al ser yo solamente quien lo oyera de entre todos los liberadores: porque, si lo oye uno de los adictos al sargento Artehulaga, no le salva del riesgo ni Santa Patrocinio que bajara del cielo a eso exclusivamente». (Santa Patrocinio era la preferida del sargento Artehulaga).

Si le digo la verdad, don Lázaro, hasta aquel incluso momento no sabríamos mi marido y una servidora que hubiera tanto enemigo de la noble tradición y de la madre patria en nuestra aldea, no. Al principio, señor Santana, no nos molestó mucho a mi señora y a un servidor que se cargaran sumariamente a aquellos diez del miércoles, porque eran —digamos— gente sin peso en la aldea. Pero:

cuando empezó a tocarnos de cerca la enemistad de la noble tradición y de la madre patria, cuando se llevaron a nuestra Lucecita al desriscadero, se nos llenó el gorro y decidimos con todas nuestras fuerzas jodernos pacientemente y odiar a lo únicamente odiable —Sasa, que no se fue y que hablaba como ellos en su modo— y respetar a lo únicamente respetable —las pistolas de los liberadores, que sabían lo que hacían porque Dios estaba con ellos: así dijo don Apriorístico en un discurso de paz y enarbolando el crucifijo amenazador.

Y demos hoy retrovisoramente gracias al Cielo, gracias por que liquidaran a parecido número de enemigos que de enemigas y no

nos desequilibraran para el inminente invierno, como sucedería irreversible cuarenta y nueve años más tarde con la guerrita de la Dependencia. Nota bene:

en un libro de texto que se usó en el instituto de enseñanza media «Andrés S. Robayna» se puede leer con letra bastardilla que se le llamó de la Dependencia porque ya hay muchas guerras de Independencia y porque, dejémosnos de boberías académicas, todos ustedes sabéis, queridos lectores y estudiantes, que de independencia no ha habido ni podrá haber ninguna guerra, y mucho menos de Liberación —quedándose tan fresco.

El autor del nefando manual, un tal Pariente Artilles, se dedica actualmente a la construcción y, además de tener un perro negro en la azotea, le gusta sobremanera la comida camboyana para más encono de su señora esposa, que no sabe cómo arreglárselas con hombre como éste, Dios santo.

Daba a entender el señor Artilles que reconocía no atreverse a vislumbrar las verdaderas causas objetivas que condujeron inexorable e inevitablemente a la guerrita de la Dependencia, pero me aventuro con todas las reservas morales típicas de Occidente de que soy capaz a apuntar dos causas prístinas:

una próxima y otra próxima algo menos próxima, que no remota, como esos falsos historiadores aseveran sin respeto alguno al rigor historicista con sus fantasías y audacias propias sí de ensayistas pero improcedentes en científicos de la historia con mayúscula, científicos que se deben a la verdad evidente y no a la conjetural.

«Que de conjeturas está el infierno lleno». Ensayistas que osan engañar imperturbables a los incautos con sus descabelladas teorías sustentadas en mentes alucinadas por el brillo efímero de la gloria más efímera aun mundana.

La próxima estaría en el escándalo que se originó cuando un tal Lorenzo Echeopar Arencibia, enarbolando la bandera del gobierno independentista en las catacumbas del exilio, pedía insurrección inmediata guiado por un fanatismo masónico bien adobado por el oro de los maléficos enemigos de siempre:

«fanatismo que había ido incubando desde el momento en que destituyeron a su benefactor de inminente beatificación don Apriorístico de la Luz Miranda y se quedó sin sopa boba, destitución proveniente por la cargante edad del venerable párroco y no por la enfermedad revolucionaria que aqueja demoníaca a todo candidato a santo, como continúan sosteniendo pertinazmente y ante toda evidencia objetiva los enemigos de nuestra prosperidad».

Y la próxima —hago hincapié, estimados lectores, en que citaré lo exclusivamente aprovechable para el tema hallado en los incunables susodichos— menos próxima que no remota, porque estaban hasta los cojones de los que mandan de lejos y se chupan la patria nuestra para ellos y los esbirros suyos solitos. Prefacio final:

nunca habíamos visto un obispo de cerca, y nos colmaba sobremanera de cristiana alegría exultante su inminente visita. Además nos confió el señor basurero de los martes que también venían con su ilustrísima unas autoridades civiles: por ésta —juró besándose la uña sucia del pulgar izquierdo.

Lo mejor sería hacer fiestas unos cuantos días y dejar las camas sin hacer y la loza sin fregar, ¡qué gusto! «El señor obispo apareció el primero en la loma del risco oriental sobre un borriquillo pequinés, y las demás autoridades y séquito llegaban detrás y en unos palanquines transportados por indios saharianos»:

téngase en cuenta que no era época aquélla de flores que arrojar vitoreantes a los ilustres visitantes, no. Y que hubimos de brindarles

nuestra más completa adhesión y nuestro más humilde respetuoso acatamiento con tiritas de hoja seca de platanera confeccionadas y pintadas con el apremio que el caso requirió.

Y que las arrojamamos a su paso entre rebuznos de bienvenida y cantos gregorianos oportunos: «que provocaban nuestra sonrisa de paternal regocijo, cansados y doloridos de riñones por cuán larga caminata distrayendo el temor a la insolación y al asma seca con la extracción por aburrimiento de logaritmos en base cuatro a las raíces cúbicas de números con tres cifras decimales».

Y lo primero que preguntarán nada más descender derrengaditos de sus transportes sería al señor párroco don Expedito: «por favor, hijo mío, ¿dónde se puede hacer pipí?, que venimos reventados». No se ruboriza el párroco porque ya estaba acostumbrado, y señala esfíngeo hacia el huerto de nogales congoleños: allí contra los árboles frondosos.

Y nadie que lo haya vivido —insisto— jamás podrá decir jamás que hay espectáculo de más digno encariñamiento que ver a sus autoridades haciendo pipí contra tronco de árbol: los amamos tiernamente, arrobados por la escena, su ilustrísima de cuclillas para no orinarse la sotana.

Hasta que arribó el verdadero cuándo fatal: «tenemos que llevárnoslo, estimados hijos en Dios. Que, en vuestra inocente ignorancia, no acertáis a vislumbrar certeros la irreverencia a que estáis sometidos venerando a una imagen impúdica construida bajo inspiración ladina de sataná. Que otra explicación no es posible dar a tamaña monstruosidad».

Y hubo entre nosotros lágrimas y suspiros y ayes incontenibles y el famoso a pesar del desmentido oficial desmayo de la hija muerta de la Munda, esa Munda a la que cantó tanto nuestro sufrido poeta con versos como ése de puerta sos del infierno que nos

conduce hacia el cielo y cosas por el estilo que hoy se pregonan en corridos de ciegos acompañados con guitarra y pianillo de boca.

«No os preocupéis, no os preocupéis, hijos míos en Dios: que en cuanto nos sea posible tras llegando a la capital, os lo prometo, enviaremos urgente otro Niñitojesús, claro que no con el miembro viril de oro, pero sí más rubito y hermoso y por supuesto reverente que éste que nos llevaremos para su ...»

Mentiría veraz si no confesase que estábamos resignados, todos nuestros ojos vidriosos puestos fascinados en la melosa labia de su Ilustrísima venerable: pero entonces surgió radiante y justiciero en el desnudo umbral azul iluminado con sol de otoño caliente el olvidado vilipendiado Sasa, de quien muchos creíamos que se había marchado de una bendita puñetera vez, enarbolando un ...

Por lo que, aprovechando la confusión y no pudiendo sopor-tar la curiosidad un segundo más, el zoquete Méndez estiró raudo la mano a la entrepierñas de su Ilustrísima venerab...

A D E M Á S L O P R I M E R O

LLovía aquella mañana cuando despertó.

Era un día de San Juan, el cielo cargado de cálidos nubarrones gordos, agobiantes. Era jueves, anoche se encendieron incontables hogueras en todo el barrio, crepitaron la sequedad de la aulaga y la sequedad del papel y del cartón, y la chiquillería correteó, saltó, ululó, sudorosa, contenta, un cabo de escoba en la mano, un cabo de escoba con fuego en sus barbas y que se hacía girar sobre las cabezas llegando a formar como una aureola dorada contra el cielo limpio, negro y brillante, sin luna. Era el verano adusto, el verano rebelde, socarrón, al que la brisa marina osaba domeñar a veces.

Sí, llovía aquella mañana cuando despertó.

Con las manos entrecogidas bajo la nuca, y ya sin somnolencia, mantenía abiertos los ojos. Durante prolongados momentos le había distraído de manera plácida contemplar el desesperado estallido de los embalados goterones contra el cristal de la ventana, contra el saledizo de uralita sobre el patizuelo que se lograba vislumbrar a través de la puerta abierta, contra el alféizar verduzco y descascarillado de la alacena donde se había instalado la talla del agua para beber.

Arropado hasta el cuello en la cama turca de cilíndrico hierro ahuecado y pintada de azul, el pequeño —Juanito—ahora miraba al exterior, a lo lejos, atravesando el compacto cernido de una lluvia que parecería iluminada al trasluz, blanquecina. Y más allá de la borrosa catedral de piedra gris y reloj parado entrevió que el Atlántico nuestro también se emborronaba, confundido al cielo, también se había agrisado, y que hoy no tenía sol encima como ayer lo tuvo.

Entonces, repentinamente, se imaginó un frío que ojalá hiciese fuera y saboreó con deleite y escapada sonrisa el calorcito que lo envolvía. Se arrebujó todo bajo la manta, en ovillo, apretándose los muslos contra el pecho, las rodillas casi rozándole la frente.

Cerró los ojos, los cerró con fuerza. Y jugó a imaginar ser un fugitivo que se ocultaba en un confortable subterráneo, Lolina a su lado y tendida como él, un fugitivo que se sentía seguro de no saberse descubierto jamás por esos piratas barbudos, tuertos y patapalo, que lo buscaban para asesinarlo.

Así, entre las titilantes lucecitas que surgían allí en la ceguera de sus párpados fuertemente cerrados y entre los cálidos respiros sonoros que caldeaban la hipotética guarida, permaneció durante empantana-dos instantes, retumbándole el pulso en la muñeca de su brazo izquierdo colocada bajo la oreja. Se estaba sofocando, se olvidaba paulatinamente de aquellos sanguinarios perseguidores que tanto empeño han puesto siempre en capturarlo.

No pudo soportar más tal incomodo y sacó la cabeza a la claridad, que lo encandiló. Fuera continuaba chispeando, aunque con menos ruido.

Mientras se quitaba de encima la manta que lo cubría, de un tirón, cayó en la cuenta de que habrá caracoles tras la lluvia, a poco de que escampe. Y este reparo lo regocijó tímidamente.

De un salto salió del lecho, que chirrió. El suelo, losetas de piedra colorada viejas y picadas, se había humedecido a lo largo de la madrugada, estaba muy frío, mojaba.

El chiquillo, en sus pies descalzos, lo notó, estremeciéndose. Y comenzó frenéticamente a brincar y aspear sus menudos bracitos, alzando sin control las rodillas, primero una, rápido la otra luego, hasta casi tocarse el pecho, entrando en calor como en los entrenamientos con el equipo benjamín de fútbol del barrio.

Ahuyentado el frío, buscaría bajo la cama; las alpargatas no estaban allí. No se oía ya que lloviera. Cruzó de puntillas el reducido patio hasta la cocina, que olía al agua estancada y pudriéndose del fregadero.

A media voz, como si gritase, llamó dos veces: «mamá, ¿mamá», sin necesidad, quizás embebido. No está, iría a comprar; y no ha vuelto todavía.

Mamá no estaba. Traerá, seguro, pan calentito; a lo peor se olvidó del aguacate, no, ojalá no. Y el niño recuerda que anoche mamá le prometió comprarle un aguacate grande, madurito, si se dormía de una vez y la dejaba de marear con tanta pregunta.

Juanito se durmió sin molestarla más; tal vez soñó con Lolina y su vestido rosado, tan cortito, el cabello en dos trenzas con lazo amarillo intenso, y jugando en la acera de su casa, jugando al tejo rayuelo con las amigas, tal vez.

Pero a lo mejor es temprano todavía. A lo mejor mamá duerme aún. Y Juanito volvió al patizuelo, esta vez sin andar de puntilla, mojándose la planta de los pies. Fue inesperado, ni se acordaba de ellas: junto al roperito de la talla del agua y sobre el taburete de tres patas, y cuyo asiento tanto se asemeja a una torta redonda y escachada de medio kilo, estaban las alpargatas, estaban bien co-

locaditas, igual que si hubiesen sido los zapatos nuevos para ir a misa los domingos por la mañanita temprano.

Las cogió cuidadosamente por los calcaños, y las llevó mantenidas ambas con los respectivos índices de sus manos hacia el dormitorio, donde las dejó caer de plano contra el suelo y chasqueando ruidosamente. Las miró desde arriba, limpias.

Abuela les habría quitado, seguro, el polvo que trajo ayer de la cacería de pájaros, el polvo colorado. Viéndolas tan limpias, sin saber por qué ni preguntárselo, volvió a recordar a Lolina.

Pero un tufo de orines descomponiéndose dispó inapelable el recuerdo de la niñita. Se dirigió hacia donde manaba el sofocante olor y abrió del todo la entreabierta hoja única de la puerta que comunicaba la alcoba de mamá con su cuartito, y dijo en un murmurio hacia la estancada oscuridad: ¿mamaíta? ¿mamá?, muy débilmente, de la manera con que hay que despertar a quien no se quisiera despertar.

El recinto fue, a su olfato, un sólido hálito estirado de humanidad que durmió fuerte y que hubo orinado en una bacinilla de latón esmaltado en blanco sin dibujos. La tiniebla hedionda, irritante, se convertía rápidamente en diluida penumbra, y el chiquillo pudo ver la sombra albeada de un tálamo vacío y deshecho sólo por un lado.

Fue a comprar. No está.

Y se sentó al borde de su cama, que gimió a vergas entrelazadas que se oxidan, y calzó con el gesto distraído las alpargatas. Luego pensó de forma inconexa en caracoles y ya no llovía, en un aguacate maduro, madurito, ralo, con sal y que se come con pan caliente que cruje y café con leche dulcito, y en si después sigue lloviendo y se embarra el Fonduco no podremos entrenar esta tarde, y en el partido del pasado sábado que les robó miserablemente el árbitro.

También pensó en el Papa, que vendría por vez primera a las islas el próximo lunes Dios mediante, a inaugurar de forma oficial la iglesia, moderno templo,alzada en honor de la primera santa nativa de aquí. Y no habría clases ese día, todos los chiquillos y muchísimas personas mayores, con pancartas y banderolas, cantando, contentos, entusiasmados, irían a recibirlo al muelle grande, adonde llegará a bordo de un lujoso yate tremendo que han puesto a su entera disposición alguna autoridad rica del país.

Acabó pensando preferentemente en Lolina, aunque con su imagen desleída, imprecisa, perdida entre tantos pensamientos revueltos que lo enervaban algo, un poco. Tenía que percibirla mejor, más claramente, verla con nitidez y recrearse en su recuerdo, tenía.

Y se dejó caer hacia atrás, tendiéndose de nalgas arriba, sus pies en el suelo, con los brazos en cruz a lo largo de la cama, mirando sin consciencia el combado reflejo de la encuadrada claridad de la ventana en el bombillo, lleno de cagadas de moscas y que pendía del techo. Con la intención de concentrarse en la rememoranza de la chiquilla, susurraba unos «te quiero» tales como había contemplado en el cine.

Te quiero, Lolina, te quiero mucho, más que a mamá, más que a la abuela, más que a Tomásín, muchísimo más, te quiero igual que a la Virgen. A ciencia cierta no sabría cómo querría a la Virgen ni cuánto, pero el maestro ha dicho que había que amar a nuestra madre del cielo más que a la de la tierra, mucho más, porque era la virgen, además, la madre de Dios.

Juanito, entonces, se encontró con la impresionante cuestión de cómo sería su amor a la madre de los cielos. Al final admitió que igual que a Lolina querría a la virgen, aunque tan sólo un poquito más a ésta, asustado de posibles represalias celosas y celestiales.

Haría cosa de tres meses, la tarde primaveral, luminosa, entibiada, de luna grande tempranera en el cenit casi, las estrellas comenzando a despuntar, como acercándose derramadas en un firmamento limpio, jugaban unos niños con las niñas, Juanito entre aquéllos, en la esquina arenada de la plazoletilla que tiene la iglesia del barrio a sus espaldas, tras el ábside.

«Tú eres el marido de Lolina» —le espetó una, la que siempre mandaba, al tiempo que le tendía una tapadera de caldero.

El chiquillo anonadado ante tal imprevisto y sorprendente honor, demasiado honor, buscó a la aludida con el gesto asustado: ella lo miraba ya, sonriéndole complacida, como magnetizándole con el desdeñoso brillo de sus ojos brunos, sabedores, ella, la más bonita de todas, la más rica del barrio, ella, Lolina que nada menos.

Esa sublime tarde el ánimo del chiquillo pareció estar flotando entre nubes, más arriba que las nubes, en el limbo.

Era el banco de madera canela y medio roto por el espaldar lo que hacía de guagua, y Juanito se acomodó en un lateral con la tapadera de caldero en la mano a guisa de volante, los pasajeros irían detrás, serios, silenciosos, Lolina contra su espalda, notándole el moreno bracito, la inquieta cadera, oliéndole a cabello lavado con champú de fresa y a sudorosa axila de niña que tenía congestionado el rostro de tanto corretear, oyéndole sofocar a veces una risa al verlo tan serio y pálido, una muñequita cruzada sobre el regazo.

Inolvidable atardecer en que el chiquillo, transportado al mundo impenetrable del gozo, no volvió a articular palabra, enmudecido, embargado por la emoción de tan honroso matrimonio.

Desde aquella memorable tarde, punto crucial en el destino del chiquillo, Juanito piensa en la niña con demasiada frecuencia, haciéndose platónicos cálculos para el futuro, murmurándose en un tono reverente, meloso, como para no romper el encanto, «Lolina es mi novia», y el pecho se le oprime, o se le ensancha, ligeramente añuscado, el corazón, y entrándole una dulce gana de llorar.

Nunca más se le presentó en adelante la ocasión de volver a jugar con ella a las casitas; no obstante, esto no le importaba demasiado. Entre la chiquillería se aseveraba que Juanito y Lolina eran novios y esto sí importaba, vaya que sí importaba.

Y, a decir verdades, tampoco se habían sentado juntos, ni una vez siquiera, y oportunidades hubo para ello, en el cine, tampoco en el teatro parroquial ni en los títeres.

También es justo afirmar que en las procesiones de Semana Santa y en los paseos después de la matiné se atrevía a seguirla a respetable distancia, claro que en compañía de Tomásín y Feluco, y a mirarla con sentida gravedad, con embriagada sensación, a mirarla cuando ella, gorjeando en risitas afectadas, cascabeleras, volvía la carita hacia atrás, hacia él, hacia sus ojos, para contemplarlo con altiva complacencia, enmudecida de pronto, la risa seriamente cuajada entre sus labios que temblaban ligeramente, y siempre cogida con ambas manos a los brazos de las amigas que la flanqueaban, damas de honor de tan digna hermosura.

El chiquillo se entristecía sin saber por qué, adoptaba el ademán melancólico, casi afligido, y apenas reía con verdadera expansión. «Es cosa de carácter, sale a su abuelo, que Dios tenga descansando en los senos de su gloria» —decía la abuela contemplándolo, orgullosa del parecido con su difunto esposo, a quien llegó poco menos que a idoltrar según cree ahora.

Anoche, como la mayoría de las noches, se acostó vestido, se acostó con la ropita que ayer llevó todo el día y que hoy volverá a llevar al colegio. No se quitó para dormir esa camisa amarilla con un ocho grande y azul en la espalda que, ahora llena de polvo encartonado y rota por los sobacos, le echaron los Reyes en casa de tía Elena.

Ni se quitó los pantalones grises y gastados por el trasero remendado, zurcidos y rezurcidos por varias partes, y a los que, a falta de cinto o tirantes, sujeta con una tirilla seca de hoja de platanera.

Le duele pensar en Lolina, no sabe por qué. Y una pena sorda lo atravesaba de parte a parte, todo, como calado por una enfermedad cuya existencia desconociera, pero cuyos efectos sentía aunque inconscientemente.

Unas moscas que se agarraban al techo atraieron, anodinas, su atención, y se entretuvo en contarlas: una, dos, cuatro, cinco, siete, nueve, diez. Perdió la contabilidad, y comenzaba de nuevo cuando oyó que se abría la puerta chirriosa de la calle. Gritó para su adentro «mamá» y se levantó fugaz.

El aromático vapor de pan recién horneado precedía a la madre, el niño la esperó ante la talla: viéndola acercarse por el corredor adornado en el suelo junto a la pared por tiestos de plantas verdes, sin flores. Traía un bolso de redcillas rojas con los víveres en la mano derecha, colgando, y una botella de petróleo kerosén en la izquierda, alzada a la altura del pecho.

Dijo al tiempo que pasaba junto al niño rumbo a la cocina, sin mirarlo, con el aire distraído: «¿Te lavaste la cara?». Pero el niño hurgaba con la vista en el bolso, y preguntó a su vez si traía el aguacate: el acento de su voz doliente, temeroso. «No».

Juanito quiso, sí, consolarse vengativamente afirmándose con rabia rumiada que no se lavaría la cara, no. «Virginito no ha llegado del mercado. Y en la tienda no lo tenían», mentía la madre, estaban muy caros los aguacates y, además, se había olvidado de la promesa hecha anoche.

El niño guardó silencio y la siguió con la cabeza gacha, dolido, despechado.

«Y date prisa, que son las ocho y media», volvió a mentir la madre. Juanito se preguntó que qué prisa tenía que darse si sólo le faltaba desayunar y ahora se recalentaba el café que sobró anoche y mamá preparaba el bocadillo de pan con margarina que se derrite y humea tomando un aspecto aceitoso sobre la miga caliente.

No me lavo la cara, mentirosa, no cumples tu palabra. Se había sentado junto a la mesa, en el rincón, y sus pies no tocaban el suelo. «Que te laves la cara, anda. Se te notan las legañas».

Mamá no sonríe cuando habla. Es una mujer seria, joven, muy hermosa, morena tenue, de ademanes arrogantes y miradas reprobadas, rebeldes, inmisericordes, lacónica, cortante, nada cariñosa, cuya presencia aturde.

A veces, muy rara la vez, contó algún cuento: Blancanieves, Pulgarcito, el de Caperucita; pero con el susurro cansado, harto, insensible, y mirando como más allá de la pared. Por eso el de los Siete Cabritos, que cuenta la abuela imitando el ronquido del lobo y el asombrado chillido de los cabritillos, gusta más al pequeño Juanito, que se lo hace repetir incansablemente, una y otra vez.

Es de observar que gran parte del cariño que el chiquillo siente por la abuela se debe a los Siete Cabritos.

Ahora, cuando coma, me la lavo. Acodado en la mesa, apoyándose la mejilla en el puño de su mano izquierda, mohíno el entrecejo, bordeaba con el índice de la derecha el camello canelo con jinete moro azul pintado en el plástico que había sido antes cortina y ahora mantel.

Le encantaban los dibujos, y sueña con ser pintor cuando grande. pintar a Lolina cien y mil veces como en aquella película había visto al muchacho hacer con la muchacha.

La madre sirvió el desayuno, con desgana. El niño desayunaba muy despacio, mojando el pan en el café con leche y manchando de líquido marrón el mantel, su barbilla, los dedos, y el muslo de sus pantalones con las gotas que cayeron.

De pie ante el poyo de la cocina, mamá tan sólo bebe un vaso de café amargo, sin una pizca de azúcar, un café muy cargado, la frente pensativa, sombreada, la nariz aleteándole nerviosa, anhelante, el mentón tenso.

Terminó de beberlo a sorbos lentos, puso el vaso bajo el grifo del fregadero que abría y del que manó un chorrito de agua con fuerza y chisporroteante, ruidoso, al tiempo que decía, siempre con el aire ausente:

«Le dices a la abuela, cuando venga, que la ropa está por los pies de la cama. Y que tenga cuidado, no vaya a llover de nuevo».

Se enjugaba las manos en el delantal que luego desató por la espalda y estirando el busto.

«... a llover de nuevo», instintivamente Juanito alargó el cuello y comprobó a través de la tela metálica del postigo que sí, que ya no llovía. El niño había acabado de desayunar, siempre se deja un poco de bocadillo dentro de la taza vacía, y se limpió la boca desmañadamente con el dorso de sus manos.

Mamá, ahora que se acuerda al verla ir hacia la máquina de coser y coger el jersey negro que se pondrá para salir al trabajo, se rió fuerte, muy fuerte, en una ocasión: abuela le estaba contando algo y conteniendo una sonrisa, fingiendo seriedad. Y mamá inesperadamente estalló en una ruidosa carcajada que acabó contagiando a la abuela.

¿Qué le contó la abuela?, ¿qué le hizo tanta gracia? ¡Y era tan linda mamá después de reírse, su faz morena ligeramente encarnada, sus enormes ojos brillándole con aquel verdor intenso... y era tan linda!

¿Qué le habría contado la abuela, qué? y el niño estaba acostado aquella noche, ya el sueño arribándole, turbándolo, zarandeado de repente por esa risa única, hermosa, que volaba desde la puerta, desde el reducido patizuelo, la abuela de frente, mamá perfilada contra la oscuridad.

Ya nunca más, ¡qué lástima!, la oiría reír, la vería reír ni acercarse después de la risa hacia su cama y sentársele en el borde, todavía la risa aleteándole dominada en sus labios enmudecidos y trémulos, húmedos, que se agrandaban hasta su frente de niño que tenía mucho sueño y que sintió un beso cálido, estremecido, y el

arropo mimoso hasta el cuello, un aliento agrio contra sus narices que también se dormían dulce, muy dulcemente.

El niño metía en su carpeta escolar de cartón rojo y deteriorado un cuaderno y la madre se alisaba el jersey negro que le realza el busto; ésta, maquinalmente, repitió:

«No te olvides. Y que procure terminarla hoy sin falta, la ropa», y cogiendo la cartera —también negra— de una silla y disponiéndose a avanzar por el pasillo de las plantas verdes hacia la puerta de la calle.

Juanito murmuró sí, algo violento porque no le encajaba un cuaderno en la carpeta y se le iba a arrugar. Mamá, con el tono de quien se olvidaba de algo, recomendó al final del corredor: «y lávate la cara», la voz profunda, acre.

Enseguida, un golpe de madera con chasquido de cerradura, una puerta fue cerrada. Y el cuaderno se acomodó por fin en la carpeta.

Le falta una pierna entera a la abuela, la pierna izquierda, y usa muleta. La usa con verdadero malabarismo: es la costumbre, hija —dice orgullosa. Y dice que la perdió jovencita, casi niña todavía, claro que mucho antes de conocer a quien sería su marido.

A pesar de faltarme la pierna, me amaron, tuve mis enamorados, tres y tu abuelo —vira la mirada hacia Juanito, los ojos enturbiados de nostalgia—, tres muchachos que había que ver. Pero tu abuelo era quien de veras me gustó, hombre bajo, cuadrado, decente y trabajador como un burro, panadero, —melancólicamente— si embargo le dio por ser político: era la moda y aquellos tiempos fueron muy borrosos, nada claros.

Y no me cansaba yo de repetírselo una y mil veces: que no seas bobo, tú a tu trabajo y a tu casita, no saques las castañas del

fuego a otros señoritos. Mira que se lo decía, como aventándole algo malo, y quien llama desgracia recibe desgracia —solloza sin lágrimas, sorbe falso moquillo. Pero él callado, sin mirarme, calladito, tu madre salió a él en lo del carácter, igualitos los dos. Se persigna y se retira a rezar por el descanso de su alma.

Juanito, mientras la anciana, seca como un tolo, las mejillas acuevadas por la carencia de dentadura, la mirada añorante, evocadora, resignada, le habla de su pasado, la oye absorto, respetuoso, recreándose en aquel mundo quimérico que es el pretérito de los viejos para el chiquillo que escucha imaginativo.

Y siente la magua del futurible en el que el abuelo y papá, que en paz descansen, y él, ya hecho hombre, irán al estadio juntos, los domingos por la tarde, para luego, a la salida, discutir las jugadas entre coperío y risotadas y calenturas en algún bar... como ha visto hacer a Ricardito el carpintero con su padre y con su abuelo.

El niño, entonces, con la imagen joven de su padre bigotudo y el visaje cuartelero en su pensamiento, sufre. Y sufre el niño igual que cuando piensa en Lolina, sufre mucho, punzante.

Pero abuela no llegaba y Juanito tenía que irse, se le haría tarde. Cogió el cartapacio de cartón rojo donde guardaba los libros y tres libretas y una cajita de lata en la que tiene los lápices, un bolígrafo que no escribe, un afilador de hierro y una goma azul toda mordisqueada.

«Abuela tiene llave», salió y cerró la puerta de un tirón hacia afuera. No se había lavado la cara, ni se acordaba de ello. La calleja, tierra blanca apisonada hacía ya bastante tiempo, era puro barro ahora y salpicado de pequeños charcos de agua canelosa.

El lodo ensuciaba las alpargatas del chiquillo, que corría con cuidado, adhiriéndose a ellas, molestón, pegajoso.



«¡Juanito!», que giró de sopetón al sentirse llamado. Abuela, la muleta contra el sobaco, bajaba por el empedrado, trabajosamente como siempre. El niño se le dirigió y, a su lado ya, dijo que mamá me dijo que le dijera que la ropa está por los pies de la cama de ella y que tenga cuidado por si llueve otra vuelta.

Ahora la entonación fue excesivamente melosa: que cómprame un aguacate, abuelita, anda, cómpramelo para la comida, ¿verdad que me lo compras, abuela?

«No te lavaste la cara, cochino» y del bolsillo de su chaleco morado extrajo un pañuelo arrugado que abrió con la mano libre estirando los dedos: escupió en él cuatro veces hasta humedecerlo bastante.

«Ven acá, tiesto guarro» agarrando al chiquillo con la otra mano, la muleta trincada por el interior del brazo contra el costado, agarrándolo por el pescuezo en un alarde de rapidez, sus dedos aferrados como garfios. Y lo atrajo hacia sí y le restregó la carita roñosa con el pañuelo que, acartonado, dañaba: no me acordé de lavármela, ay, aaaay, más no, abuela, más no, vaya, vayaaaaay, ay, duele, abuela, no, quemaaaaay, escarda, más no, abuela, por favor, abuelita, no, forjando por soltarse de aquellas tenazas huesudas y venosas, fuertes, de uñas planas y rosáceas y que huelen siempre a lejía.

«Ya está, cochinito. Que eres un puerco. Y vete, vete, que se te hace tarde». Abuelita, ¿verdad que me compras el aguacate? ¿verdad que sí?. «Veremos, ya veremos, ya. Pero vete, o te suelto un mojicón».

Cada charquito tuvo su sol cuando surgió éste, momentáneo y tembloroso entre un conglomerado plomizo de nubarrones, intenso, rebelde intimidado ante tanta opresión a su luz. Adiós, abuela, no te olvidas ¿no? —se agarraba a la muleta el chiquito y se empinó a besar a la anciana, cuya mejilla supo agria, casi amarga como la ruda.

Y salió corriendo, sin volver la vista para notar la mirada sonriente y cariñosa de la vieja, detenida en observarlo regatear charcos y barrillo blando. Desaparecido el nietecito tras la esquina del poste eléctrico, continuó ella su oscilante caminar.

Había pasado por la compuerta de la panadería del barrio, de la panadería donde trabajó —mucho tiempo atrás— su difunto marido, joven, fuerte, bigotudo, empolvado de harina, aquellas crenchas tan bien peinadas y brillantes en su negror. El aroma del pan que se horneaba nubló su alma con la afligida voluptuosidad de la añoranza, y lo inhaló como siempre, con la sensación de que trabajar de noche es fastidioso, de que dormir sola teniendo un buen marido entristece.

«Tu abuelito, Dios lo tenga en su gloria —se santigua y mira hacia el techo—, fue asesinado en la misma iglesia, hacía su confesión semanal, que era buen cristiano, sí, a pesar de lo político, a manos del sacristán, aquel saco de sebo lustroso, dicen que estaba loco y lo metieron en el manicomio, marica diría yo, Dios me perdone —se santigua, mira hacia el techo—, que odiaba a los buenos que no se dejaban sorroballar y que lo golpeó con un tenebrario de hierro, enorme» —contaba por enésima vez al chiquillo, quizá, sí, para no olvidarlo ella misma, para recordárselo como penitencia, ella sabría por qué.

Juanito, en la misa, en la doctrina, en la novena, parecería ver a su abuelo, una sombra de espaldas confesando arrodillado en la oscuridad de aquel rincón. Y sentiría el ahogo de avisarle inútilmente que iban a matarlo: cuidado, abuelito, cuidado.

Abuela tenía llave de casa, llegó a la puerta y abrió, suspiró y suspiró, miró al cielo escrutadoramente antes de entrar, suspiró, se dijo que no lloverá más, suspiró, entró y cerró de un portazo.

El Fonduco estará todo embarrado: hoy no se puede entrenar seguramente. Pero cogemos caracoles, haremos carreras con ellos apostando estampas de futbolistas: estaban de moda entre la chiquillería las carreras de chuchangos con la concha pintada. Los de Juanito eran rojinegros.

Juanito no tropezó a ninguno de sus condiscípulos que fueran camino de la escuela: a lo peor ya era tarde y tendría que pagar una peseta de multa al maestro, mamá se enfadará y lo dejaría sin cine el domingo que viene, en el que —se había prometido, jurado por Dios— le ha de llevar un pirulí de menta a Lolina en el descanso y la vería de cerca y le olerá el agua florida que la niña se echa profusamente en su cabello apretado y negrísimo, largo y trenzado con un lacito azul al final de la trenza.

Le rozaría los dedos: toma, Lolina —con una sonrisa vergonzosa que duela aquí, en el pecho, y que apretuñe la garganta y no te deje hablar casi, yéndose luego a sentar unas filas más atrás y desde donde pueda verla volver la cabeza y arrugarle la naricita como musitándole en el silencio «hola, estoy aquí: mírame mucho, Juanito».

Sí, a lo peor ya era tarde. Y el niño aceleró su carrera, ahora sin preocuparse por evitar baches enlodados y pringándose de agua barrota las alpargatas, los empeines de sus pies, los tobillos, las pantorrillas: la carpeta abrazada contra los riñones escapándosele, resbalándosele, pesada, molestona.

No, todavía no. Los demás maestros sí llegaron ya, pero don Anselmo no, aún no había llegado. El chiquillo respiró satisfecho, tranquilizado, algo sofocadillo por el agobio de su correr. Y dejó el cartapacio de cortón rojo y despuntado en el suelo de la acera desbaldosada, encima de una hilera de cinco guijarros para que no se le embarrara y apoyado contra un desconchado inferior del frontis del edificio escolar.

Los de su sección seguían fuera, no los habían entrado con los demás. Unos jugaban al boliche: al hoyo; otros jugaban a la levantada de cromos; aquellos dos de allá soplaban acuclillados un trocito de madera con velamen de papel bazo en una limpia charquita que se había formado sobre el desnivelado asfalto; éstos de la entrada a la acequia de la aceña tiraban el trompo al círculo rayado en tierra achocolatada; alguno que no se entreveía bien contaba una película de indios norteamericanos, pues se le oía ulular.

Todo era puro revuelo entre la casi cincuentena de chiquillos, aunque un revuelo tranquilo, calmo, mañanero: cuando el sueño todavía continúa algo empegotado en los espíritus infantiles, bajo

un cielo que comenzaba a clarear luminoso por el oriente, sobre el mar de la catedral.

Tomasín y Feluco platicaban un poco más arriba, apartados de los demás, pegados al muro de sillares colocados a hueso y que daba a la finquita de papayeros, cuchicheantes, como en confidencias. Juanito los columbró, y cruzó la calle, la principal, la única del barrio que había sido alquitranada.

Se acercó a ellos, que lo hubieron percibido llegar y cambiaban de conversación, hurtando la vista hacia el piso negro, humedecido aún. Juanito volvía a observar que lo admitían con sequedad, incomprensiblemente violentados.

¿No ha venido? —preguntó fuera de tono lo evidente, iniciando compañía, mendigándola casi. Feluco, cortante, respondió que no: con la espalda contra el muro y cambiando el descanso de un pie que cruzaba sobre el otro, mostraba su molestia, descarado en su mohín de niño procaz, sabedor.

Desde varios días atrás, Juanito notaba con gran pesar de alma que sus dos mejores amigos, únicos amigos, le rehuían, lo echaban de su lado sin miramiento. Que ya no lo esperaban al salir de clases ni al terminar los entrenamientos. Y que ayer tuvo que irse solo, compungido —y sin embargo capturó tres palmeros y uno mezclado de moro—, a cazar pájaros: ¡y se había aburrido tanto estando solo!

El niño no podía explicarse los motivos de tal repentino distanciamiento, ni se atrevía a preguntarlo. Apreciaba demasiado a Tomasín, mucho, y sentía unos celos terribles cuando se veía postergado a Feluco en la amistad con su más querido compañero de clase y vecino, celos que le hacían olvidar totalmente a Lolina durante largos intervalos críticos, dolorosos, casi inaguantables.

Y ahora la postergación era evidente, palpable, total. Feluco, impacientado por la presencia de Juanito, contrariado, no lo soportaba más y dijo cortante: «voy a pedirle una cosa a Robaina; hasta luego», y cruzó la calle hacia la acera: deteniéndose ante un grupito de cuatro niños que parloteaban risueños.

De pronto se oía como un estrépito lejano que nació y se prolongaba acrecentándose desde allá abajo, desde antes de vérselo doblar la esquina sobre el cine.

Por fin, harto conocida, apareció, estruendosa cada vez más y envuelta en una humacera enorme de gasoil maloliente, la guagua de las nueve, retrasada. «Seguro que vendrá ahí, nunca falta el jodido» — auguró con pesar Tomásín, que evitaba incómodo mirar de frente a Juanito.

Decía abuela, lo que motivaba cierto orgullo en éste, que ambos nacieron el mismo día, a pocas horas de diferencia, Tomásín antes, y haría de ello como nueve años y un par de meses. Algo pasaba y él no podía suponer qué, algo extraño ocurría y a él se lo ocultaban adrede, tal vez por amistad —lo que dudaba—, tal vez por indiferencia: sentía Juanito crecer su aflicción, y hubiese llorado de encontrarse a solas.

Azotando cuanto oído y cuanta nariz tropezara con el fragor y con la nube negra que lo envolvían, pasaba ante ellos —entre la chiquillería que cerraba ojos y boca y nariz y apartando la cara hacia atrás— el viejo autobús de madera gimiente, estertoroso.

La parada estaba más arriba, y nadie habría podido precisar si allí, en la guagua, subía el señor maestro. Todas las miradas, expectantes, ansiosas, seguían la lentísima marcha de la humaza hasta su completa detención: ¿y si está malo y no viene? ¡ojalá!

¿Vamos a la ladera luego, a coger chuchangos?, quería conversación Juanito, tímido. «No lo creo», Tomasín parecía no escucharle, raramente esquivo su tono de voz, «ya no me gustan los caracoles».

¿Tú crees que entrenamos esta tarde?, y miró al cielo aún bastante encapotado. «Si no llueve más, seguramente que sí, a lo mejor», no miró hacia arriba, sino adonde se detuvo la rengueante guagua.

El sol saldrá y secará el campo de fútbol, ya verás —como repentinamente aliviado, momentáneamente eufórico. «Ojalá», tajante y separándose rudo para atravesar la calle hacia la acera, donde ya se iniciaba con alboroto la formación de la fila, «sí vino el jodido. Vamos».

Había cesado la flemática marcha el autobús exhalando una última fumarada, aun más negra. Se disolvía la nube de humo cuando apareció don Anselmo acercándose lentamente hacia los decepcionados chiquillos y alejándose del trasero de la guagua, que reiniciaba su marcha entre ruidosos espantos fumosos lanzados contra la cargada espalda del maestro.

Don Anselmo usaba gafas de monturas negras y cristales gruesos formando circulitos concéntricos que hacían parecer muy chicos los ojos allá en el fondo. No era calvo ni canoso a pesar de su edad. Ventruado, de brazos largos y flacos y muy vellosos, y que aleteaba a lo director de orquesta cuando explicaba algo complicado, tenía nariz borbona y peluda y la frente toda surcada por arrugas paralelas bien onduladas: lo que le ocasionaba un aire de perpetuo despiste.

Se aproximaba amulado, el caminar cansino, apático, las manos cogidas atrás, el periódico redoblado bajo el brazo, contra la axila. Carraspeaba mucho, continuamente, inhalaba el esputo que le bajaba a

la garganta cerrando las narices y lo impelía sonoro, embalado en parábola, certero, hacia la papelera y desde donde estuviese.

Luego continuaría hablando, aquí no ha pasado nada, y dando coscorriones que demandaban atención y llenaban la cabeza de dolorosos cosquilleos.

Llegó el maestro a la entrada de la escuela, donde los chiquillos habían formado la hilera pegados a la pared y trinando unos disonos «buenos días, don Anselmo»: Éste tronó «buenos», tosió, «pueden ir entrando», tosió.

Sus ojos denotaban, allí hundidos entre los circulitos de anteojos, haber tenido mal despertar, hinchados. Con el ademán absorbido, el bronco acento de su voz algo dulcificado, perezoso, dijo: «calla, Mendoza, carajo», y tosió carrasposo.

En la barahúnda que se formó para hacer la fila, Tomásín había aprovechado para escurrirse de Juanito, que no logró verlo hasta que hubieron entrado todos en la cochambrosa aula y de pie en sus pupitres aguardaban que comenzasen las oraciones de la mañana. Aquél se sentaba en la primera hilada de escritorios, éste tenía su asiento en la antepenúltima y compartiéndolo con Rufo Chinito.

La persignación de Juanito era escueta, encogida: «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» le ocupaba tan sólo lo alto y ancho del esternón. Rufo Chinito, niño muy inquieto, se movía sin cesar, como si le picara el culo, y no dejaba que Juanito a su lado, codo con codo, bordase las letras según su intención: estáteme quieto, coño, que me hiciste un rayón —el pupitre, viejísimo y desclavándose siempre, quejoso, rengueaba al mínimo movimiento.

Fatigosamente, «¡esta rodilla!», el maestro había ascendido al entarimado de madera y principiaba —era éste el término que so-

lía emplear para cualquier iniciación— a escribir en el encerado verdoso la tarea a realizar en la primera hora. Hoy tocaba Gramática al principio: el nombre sustantivo común, sus subdivisiones y ejemplos aclaratorios.

Entre línea y línea, línea escrita y línea a escribir, se volvía don Anselmo para silenciar tajante y carraspeando —con su gesto de permanente despistado que va a enfadarse— cualquier conato de charla en el alumnado.

Sea la verdad dicha: se dejó respetar, aun a costa de su pacífica condición de hombre envidado desde bastante joven y que amaba demasiado a sus cinco nietecitos. Y que para entretenerse escribía un diario constructivo, moralmente positivo y literariamente fatigoso.

Sí: se dejaba respetar a pesar de su esmerada miopía.

«Se aceptaba sin objeciones por ese tiempo, actualmente ya no y debido a recientes investigaciones fidedignas, la creencia de que el mobiliario de la escuela, excepto la pizarrita lateral derecha y el ropero de formica azul cocina, además de alguna que otra bagatela didáctica y un mapa de Africa física, había sostenido la agitada vitalidad de unas diez generaciones de pilluelos, de que procedía de la era monarcoplutocrática y de que había sido legado por una arrepentida y aburguesacondesada prostituta enriquecida, altruista de última hora con sonrisa postiza y cabello teñido de malva crepuscular. Y también se admitiría que se hubo reparado tan sólo un par de veces y pintado una media docena: por lo que tal perennidad era considerada, y razonablemente según se mire, algo milagrosa. Con la natural y calma indignación de autoridades y Docencia, al edificio escolar se le denominaba socarronamente Santa Rostituta, haciéndose pertinaz caso omiso al notable cartelón que exhibía las grandilocuentes y respetabilísimas letras de Escuela Pública del Excelentísimo, Ilustrísimo... y cinco ísimos más... señor tal de la cual y del equis. Los niños, más inge-

nuos y poéticos, la llamaban, inocentemente, Santa Puta», en la página seis de la libreta octava con letra minúscula y prieta.

Un cromó, cara de actriz de dientes limpios y mirada ansiosa de voluptuosidades, servía de marcapáginas a la Gramática de la «Enciclopedia Grado Medio» de Juanito. Le pedirá una fotita a Lolina para marcar el libro en la Aritmética: así puedo verla cuando estudio.

Se la pedirá ¿cuándo?. No, no se la pedirá: no podría, me da cierta cosa pedírsela. Mientras, copiaba con letra dibujada y distraída: y el día de mañana seré pintor artista, un pintor famoso, pintaré a Lolina, la pintaré un montón de veces, desnuda también.

Pero Rufo le rompió el encanto al volver a cambiar de pierna doblada bajo las nalgas y le desbarató una sílaba.

A Rufo le cuelga la vela insistentemente. Por mucho que se suene, enseguida le aparece como un gusano curioso y sin ojos, blancuzco, otro moco compacto y deslizante, moco que Rufo absorberá avezado y haciendo el característico ruidito frufnú.

Si no hace uso del pañuelo, que es lo habitual, ese moco actúa de guardián, diríase, a los otros, que aguardan como pacientes, sin forzar su salida, ocultos, y que no saldrán a menos que desaparezca, sonado ruidosamente, el primero, el alongado sobre el labio. Sonarse es inútil, sabe el crío.

Tal vez sea éste el motivo por lo que opte no utilizar u olvidar en casa el trozo de trapo, su madre dirá pañuelo, y prefiera mantener la vela, sorberla de vez en vez.

Además: mientras el moco no llegue a la boca, no estorba. Y nunca le llegaba: se le detenía justo a milímetros del labio superior, casi rozando el borde, frufnú, desaparecía para volver a asomar despacio, poquito a poco, como tímido gusano husmeante, sin ojos.

«Tiene fueguito en las narices el pobrecillo —decía para disculparlo su tía la más vieja, la solterona, a quien la escuchase mirando al niño mocososo y aunque no preguntaren—, ¡suénate, Rufín! Está tan noble esta criatura que parece bobera, ¡anda, hijo, y suénate!, medio dormido diría yo. El pobrecillo: tiene fuego»

Y Rufo se alejaría sin intenciones de sonarse y con su aire de niño que todos observan despreocupadamente.

Asuntos del Destino Impasible, aquel día de San Juan, a poquito de las vacaciones, fue momentáneamente nefasto por partida doble para Chinito Rufo, camarada de pupitre del melancólico Juanito.

«Fue sin querer, coño»—se excusaba a éste, que se había disgustado y rechinaba los dientes intentando borrar el desastre caligráfico con un goma beig y olorosa.

Pues sería en ese desgraciado instante en que miraba al compañero pidiéndole disculpas cuando don Anselmo paseaba su escasa pero eficiente vista sobre las cabezas gachas y la detuvo sobre la suya alzada: bramando a continuación lentamente «Rufito, acérquese por aquí, que hemos de tratar un asunto de interés para nosotros ambos» al tiempo que dejaba la tiza en su sitio y se sacudía ostentosamente el polvo adherido a sus dedos largos y velludísimos.

El alumnado abandonó asimismo la tarea y giró su multivista hacia Rufo, que retardaba levantarse y sintiendo un relampagueo frío recorrerle su pequeño cuerpecito de grueso tronco y enjutas extremidades. Se levantó al fin y crujió temblequeante el pupitre.

Mohíno se le puso el belfo, y la mente volvíasele neblina temerosa, agachando su cabezota de cráneo cúbico y cara plana, aplastada, ancha, de rasgos orientales y piel cetrina y pálida.



Instintivamente ocultó, frufrió, el moco. Dudó, de pronto, en si sacará o no el pañuelo y sonarse, pero para qué. No se sonaría, e inhaló de nuevo inconscientemente —sin necesidad, pues no había moco fuera, y con cierta violencia, con tanta fuerza que sintió como si una babosa le llegaba a la garganta: y tragándosela asqueado.

Aún no se había decidido a caminar hacia el maestro, que lo aguardaba mirando absortamente más allá de la ventana abierta, quizás al océano tras la catedral y con un barco velero en el horizonte brillante. Por fin comenzó Rufo a andar, despacito, gacha la mirada, muy arrastrando la goma de las alpargatas, con la ardiente sensación de muchas miradas hincadas contra su cabello lacio, descolorido, despeinado sobre la frente y bordeándole las cejas.

No se había acordado de Verraco y ahora, de súbito, pensó en Verraco: le quemó una oreja, la izquierda, y sintió una picazón en las corvas, como cosquilleo. Caminaba Rufo Chinito.

Caminaba procurando alargar la distancia, acortando al máximo sus pasitos arrastrados —y gracias a que parecía don Anselmo no tener prisa y ¿qué estaría mirando el maestro, que se rascaba distraídamente el trasero, a través de la ventana?

Verraco —los chiquillos no lo supieron nunca ni se preocuparon en averiguarlo— era el nombre dado al fuste pelado de una ramita de álamo indio y —esto sí lo aprendieron— dolía mucho, escardón. Rufo sorbió con cuidada medida el moco y dio otro pasito que tropezó con una hoja de libreta apelotonada en el suelo.

Las cinco octavas partes, o las seis, de la autoridad docente de don Anselmo se debía al enorme poder de sugestión de la ramita de álamo indio llamada Verraco, lo que, fuera vanidades y falsos orgullos, el maestro reconocía y agradecía:

«¡ay de la enseñanza cuando se prescindia del palo! ¡pobres generaciones!», sentenciando fatalmente, y casi siempre sin venir a cuento, en la mensual tertulia con tres de sus colegas ante una tacita de oloroso y muy endulzado té inglés, y luego de haber cobrado su sueldo —él diría «su limosnita»— un poco antes en la Habilitación, justo pegada al cafetín donde ahora daría riendas sueltas no se sabía a qué machaconas preocupaciones magisteriales.

«Anselmo, nos estamos poniendo viejos». «A eso vamos».

Ninguno copiaba en esos momentos lo escrito en la pizarra. Todos los chiquillos aguardaban con inocente expectación malévola la usual representación de un ajusticiamiento. Rufo seguía intentando demorar el castigo, pareciendo pisar vidrios.

Don Anselmo probablemente era un buen hombre, pero ya dejó de mirar al océano amarillado por un sol oculto tras esa nube acarbonada que va de largo como con prisas, sol que hoy no había visto aún y que esperaba ver no sabría decir para qué.

Era buen hombre probablemente y tosió dos veces seguidas, luego de afectar escupirse la palma de sus manos, queriendo como sonreír cariñoso. Pero se le desbarató la sonrisa en el carraspeo: esta garganta lo tiene frito y eso que hay mucho tiempo desde que dejó de fumar.

Tosió nuevamente hasta que pudo decir con brusquedad cálida: «venga, amigo Rufo, de prisita, que quedan cosas por hacer, mi niño». Frufrú, Rufo Chinito temía, siempre siguió temiendo a lo largo de su vida, posibles represalias.

Y no tuvo otra opción que aligerar el paso, ya sin pensar en Verraco: lo que era un consuelo si se calibra bien.

Descendió el maestro de la tarima y esperó a Rufo llegar junto a él. Por fin estuvieron frente a frente: el uno intentando mirar

a la cara y el otro escondiendo la vista, el uno tosiendo carrasposo y el otro sorbiendo moco, educaba aquél y aprendería éste.

Juanito, desde su sitio y expectante, oyó decir nítidamente bronco que si así principiamos el día y un carraspeo, que habla que te habla a todo momento y otro carraspeo, que siempre hablando sin parar y dos tosidos cortos, que si no te cansas de molestar, otro carraspeo un poco largo y el chasquido sonoro de un cachete certero en una mejilla ancha y que no pudo ser esquivado a tiempo.

Luego, casi al unísono, un segundo cachete en la otra mejilla, y que dime dónde vas a llegar con tus habladurías, una tosesita, siempre molestando, que ¿tú qué quieres, mi niño?, tres tosesitas algo espaciadas, que ¿leña? pues leña, y un coscorrón en cráneo plano y que pareció sonar a hueco.

Pero Juanito, desde su sitio, apenas podía ver cuanto ocurría, los de delante no se lo permitieron, ni acertó a escuchar cómo Rufo logró sorber diestramente el moco que al segundo cachetón saldría como espantado y casi se escapa.

Tampoco, desde su sitio, pudo apreciar que a Rufo le ardían las mejillas y le cosquilleaba dolorosamente la cabeza, ni que hacía Rufo lo imposible por no llorar, acordándose de su padre El Llorón, que sin embargo le repetía: los hombres no lloran.

Pero, desde su sitio, sí acertó a percibir el revoloteo del polvo en un repentino haz de luz que entró por la ventana y que le haría olvidarse de Rufo y su castigo. Había sol, pensó impensadamente antes de estornudar flojo y hacer volar el cromó marcapáginas.

Se agachaba a recogerlo cuando volvió a encontrarse escuchando la bronca voz del maestro decir martilleante que si tú te has creído que esto es estar en una cárcel y ser yo un verdugo siempre con el látigo en la mano y leña va y leña viene, no, que no, que aquí se viene

a portarse bien, como Dios manda, y hacerse hombres de provecho y no a molestar ni perder el tiempo, ¡qué hombres saldrán de aquí, Santo Cielo!, sin haber tosido ni carraspeado una sola vez y como en letanía mecánica.

Mantuvo un silencio mientras miraba la cabezota gacha del castigado, algunos pupitres chirriaron impacientes. Carraspeó con cierta dulzura, sacó el pañuelo del bolsillo posterior sin precisar para qué, aunque se secó el supuesto sudor de la frente, del pescuezo, de las manos.

Y acabó diciendo: «anda y siéntate, que por hoy no vuelva a verte dando la tabarra, ¿oyó, cristiano?, venga: a su sitio», guardándose el pañuelo en el bolsillo derecho de la chaqueta.

«Y ustedes —se refería a todos— a seguir trabajando, que la función ha concluido, así que acábenme esto y pronto —fingió mirar el reloj de pulsera—, veinte minutos nada más les quedan» entre algún que otro carraspeo y volviendo Rufo ya a su asiento, el paso avergonzado y la vista puesta en el suelo de ladrillos verdes y descoloridos, cariados y con muchas grietas: una lágrima pendiendo indecisa en la comisura interior de su ojo izquierdo, el moco, frufurú, ocultándosele otra vez.

Juanito se hacía el que no lo notaba acercar y sintió una rara compasión hacia su compañero de pupitre, que se sentó haciendo gemir el ensamblaje de las maderas. Seguramente Rufo Chinito pensaría, rumiante, «abusador de mierda, abusador» y ahora se secaba con el dorso de su enjuta manita zurda la lágrima que había comenzado a deslizarse mejilla abajo.

Se equivocaba Juanito: Rufo no pensaba nada, tan sólo sentía un raro calorcillo en la cara y también como una sed de algo fresco.

«Las circunstancias modelan al hombre y X había saboreado a plenitud la ingenua pureza allá en los años infantiles y pubertales. Por

lo que se le pone algo dificultoso comprender la impudicia que se enseñorea con estas criaturitas de apenas dos lustros de existencia y a las que les aflora en la mirada y en el rictus de sus labios el fuego mate e incipiente de las más rastreras pasiones, muy bien abonadas por cierto con el estiércol de...» había escrito X, don Anselmo, en esa especie de Diario que llevaba meticulosamente, a lo contable y acordándose de Amiel en lo posible: ¿quién sabe?

Recordarás que era viudo desde bastante joven; su venerable esposa solamente tuvo tiempo, la pobrecilla tan delicada y no muy bonita, de dejarle una hija a la que crió el maestro demasiado agobiadamente asesorado por sus hermanas, cuñadas, algunas primas y vecinas, y especialmente por sus tías Herminia y Rosario, «mártires y vírgenes» —sonriendo socarroncillo.

«Y hoy X sufre, sin remisión, amando a sus cinco nietecillos y doliéndose rebelde y soberbiamente de dejar descendencia en este valle de lágrimas, en esta partida de cartas sin futuro que es el vivir y en la que, irrefutablemente, nos jugamos el todo en una sola mano de malas cartas» había escrito en las páginas cinco y seis de la libreta tercera del Diario.

Había terminado los ejercicios y, el libro abierto ante sus ojos perdidos en un recuerdo, se decía que Lolina no debe juntarse con esa Maricruz, no ser su tan amiga, esa chiquilla nueva en el barrio y de quien se comenta que era amiga de la hija del alcalde cuando estudiaba en las Dominicas como niña algo rica y que presume mucho con aquellos calzones cortitos y el cabello largo, teñido de muy negrísimo y cayéndole sobre la cara, tapándole siempre un ojo como artista de cine perversa.

Sentía Juanito una rabia melancólica, amortiguada por su manera de ser, cuando pensaba en Lolina amistada con esa Maricruz y presintiendo algo que no atinaba a precisar, reconviéndose por su cortedad, su cobardía, tener tan pocas agallas, el no saber atreverse y enfrentarse con Lolina, decirle firme cuatro palabras, cuatro palabras bien dichas, ponerla en su sitio, rogarle, no, rogarle no, prohibirle que se junte con esa Maricruz, que no le gusta esa Maricruz, no, pues tiene pinta de, en fin, hazme el favor y dame el gusto de no volverte a ver más con ella, hazlo por mí, Lolina,

¿lo harás? ¿verdad que lo vas a hacer por mí?, no sabía Juanito qué mala pata hubo de traer a la ésa a vivir al barrio.

Era por aquel entonces un niño muy solitario, hablaba poco Juanito, inseguro, y reflexionaba demasiado, pensaba que decía lo que tendría que decir y que sabía no diría. Esto, sin embargo, lo consolaba sobremanera, aunque por aquel entonces él no cayera en la cuenta de ello ni le conviniese saberlo.

Movía los labios Juanito como si rezara, fruncía la frente, no lograba estudiar. A su lado, codo a codo, Rufo volvía a cambiar de pierna doblada bajo las nalgas y a hacer temblar el pupitre:

Rufo miró de reojo, temeroso, a su compañero, pero éste parecía en un limbo, ni se enteró.

Poco después comenzaría la mayor angustia que nunca antes tuvo ni probablemente luego tendría en su prolongada y agitada existencia Rufo, Rufo Chinito.

«El mundo está pudriéndose. La levadura del mal fermenta con implacable eficiencia. ¡Ay del que escandalizare a uno de estos pequeñuelos!, porque más le valiera atarse una piedra de molino al cuello y arrojarle al fondo de un pozo», página cincuenta y dos, con un borrón de tinta, en la libreta segunda, y escrito con un vago temor —notábase en la caligrafía puntiaguada.

Su padre había sido molinero, molinero antiguo sin tanto mecanizar, y su abuelo fue molinero, y molineros habían sido, creía, muchos de sus antepasados paternos. Tenían un molino al pie de una acequia de fondo verdoso y agua clarísima, gorgorina en su espumaje, acequia flanqueada de matojos y geranios, sólo en el recuerdo, que el molino hoy era espectro por el que arramblaban la autovía del centro y gran cantidad de ruidos y humaceras de tubos de escape.

Y la piedra de molino tiene que, tan grande, pesar enormemente. Entristece recordar los amparados años de una infancia blanca, difuminada, y don Anselmo se afligía mansamente, voluptuoso, con sus rememoranzas. Se le trancaba la garganta y llegó a envidiar a los ricos, que tenían con qué distraerse, con qué olvidar lo hermoso del pasado, arrepintiéndose enseguida de esa envidia, por lo del camello y el agujero de una aguja. Esto se muele así, y así ha de tragarse —acabaría diciéndose antes del otro pizco de ron.

Igual que siempre, pronto, olvidó Rufo Chinito los dos cachetones didácticos y el coscorrón doctoral infligidos recientemente. Iba por la segunda pregunta a estudiar de memoria, de carretilla, cuando cayó en la cuenta.

Fue igual que esos chaparrones que no se esperan y que, de repente, te cogen en mangas de camisa y en menos de un par de minutos te empapan todo con sus gruesos goterones y haciéndote decir esto de ¡si el cielo estaba limpio como un espejo ahora mismito!

Rufo Chinito no tenía la mente para pensar en nada, frufnú, pues la angustia se le portaba ya, desde el principio del principio, taladrante, y helada, con la gelidez que quema.

«Me muero este año, me tengo que morir en lo que queda de año», frufnú, sudando por las sienes, tras la oreja. Sí, se le portaba acaparadora, deslumbrante en su negrura, la angustia, pertinaz, y le hacía percibir, al chiquito, el soplido de una muerte lamiéndole el pecho, oprimiéndole el gástrico, haciendo que le entrasen unas ganas locas, hambrientas, de llorar.

Sin saber cómo, se aguantaba y, por lo pronto, retenía el llanto. Le temblaron, en un escalofrío, las vísceras, frufnú, inesperadamente, y sólo se le ocurrió en un momento de lucidez tener mie-

do a vomitar, qué vergüenza, sus compañeros se reirían de él, siempre se le reían por nada, por cualquier bobería.

«Dice el agua de San Juan que en este año me tengo que morir», frufú, y miró de reojo, fugaz, a su lado, a Juanito, que parecía estudiar, ajeno, codo en el escritorio y mejilla apoyada en la mano, dándole casi la espalda, ladeado.

Y por primera y suficiente vez en la vida Rufo Chinito debió aceptar la realidad, y no la sabría aceptar, la realidad de que estaba solo, que siempre estaría solito.

Don Anselmo corregía en su mesa los deberes que marcó ayer para hacer en casa. De vez en vez enderezaba la cabeza para echar un vistazo vigilante a sus discípulos.

En la página uno de la libreta primera de su Diario podía leerse, a modo de preámbulo, con la caligrafía aún fina, algo barroca, esmerada como todo lo que se inicia con ilusión:

«Soy una soledad rodeada de soledades por todas partes: soledades que nos debatimos empecinadas e impotentes por fundirnos, penetrarnos, una con otra, y ¡fatalidad providencial! lo único que conseguiremos será rasguñarnos, herirnos, a veces incluso aniquilarnos, en el demente afán de rehuirnos a nosotros mismos, insoportarnos, y buscar en el otro, en los otros, el posible consuelo a nuestra enjaulada inmortalidad. Soledad como mariposa que va ávida de luz y calor hacia la bombilla que no engaña adrede, pero apartada y dentro: ¡mariposa que, desde fuera, volará ilusionada a tropezar, ciega, contra ese imprevisto cristal que siempre se le antepone, siempre, siempre!».

Don Anselmo era hombre de plena concentración cuando escribía, de lento y sin embargo certero léxico, aunque al principio de su labor le entraba una sed agobiante, insaciable, le molestaba

el sudor de la mano que empuñaba la pluma estilográfica y se le endormían las nalgas y la pantorrilla de la pierna izquierda.

Arregostado al malestar, se sobreponía a tales escollos fisiológicos y lograba acallarlos y entregarse libremente, hasta casi ponerse en éxtasis, a la escritura de sus memoranzas y opiniones vivenciales.

Hubo momentos, pocos, en que llegó a sentir la comezón de colaborar con algún que otro artículo en la prensa matutina. Pero lo pensó bien, se achicó y acabó convenciéndose de que ya eran demasiados los ladridos amordazados que brotaban en los periódicos para ponerse también él a ladrar.

«Mejor es toser y escupir», se había dicho, y tosió y escupió en la bacinilla de porcelana japonesa allí junto al lecho.

A Juanito le costaba estudiar. No conseguía, por más que lo intentaba, hincar en su memoria la retahíla de palabras incomprensibles que tenía que aprender y retener.

Aunque moviese los labios vocalizando, como si hablara mudo, resultaba imposible, nada, que no, entremezclándose en su mente toda clase de imágenes y cosquilleos. Estaba nervioso.

Hasta que se halló pensando en cuándo mamá podrá comprar un televisor, nunca, no hay perras, un televisor igualito al que tienen en la tasca y que ve a veces él, sin gusto, pues no se oye desde fuera y contra el cristal de la ventana que apesta a vino agrio, con otros chiquillos y cuidadosos de que salga el dueño con el puño cerrado, maldiciendo peninsular, echando leches y ostias, dispuesto a caponear: había que salir a escape.

Juanito no valora la quietud extraña de Rufo y sigue absorto en su distracción, casi dándole completamente la espalda a su compañero, que acababa de apoyar la frente sudorosa sobre el escritorio y de cubrirse la cabezota con sus bracitos cruzados.

«Este año me muero», frufrió, hipó y no quiso imaginarse su entierro, pero veía nítidamente en la ceguera de sus ojitos cerrados que había un ataúd blanco en el centro del recibidor y gente que llora, papá El Llorón no lloraría, y él muerto y sabiendo cuanto ocurría a su alrededor, sin poderse mover.

¡Pobrecillo, con sólo nueve añitos! ¿o diez?, no, todavía no los ha cumplido, ¡el pobrecillo!

«... el sofocante y apetitoso aroma del millo que se tuesta y muele bajo el acompasado girar lento de la piedra colosal, cilíndrica y chata, rumiante, gris salpicada de motitas violetas y rosáceas, atravesada por su centro con aquel eje de hierro negro, brillante de grasa, al que nunca se permitió chirriar; y las taleguitas blancas, tan limpias, olorosas a planchado con almidón, bien colocadas sobre el poyo del patio empedrado y cubierto por aquella parra de uva roja y grande; el gofio moreno que... », en la libreta segunda, página catorce y tres renglones y medio de la quince:

don Anselmo siente un voluptuoso dolor cuando rememora y la mirada se le humedece, incluso más, contra los anchos cristales de sus anteojos.

En un pensamiento díscolo, rebelde, que no se calla, don Anselmo había saboreado la posibilidad de que tal vez algún día se publicaría su diario. Y otra vez se acordaba de Amiel.

Entonces, serio y pavonado, se aconsejaba que lo escrito fuera enteramente constructivo: no fuese la posteridad a tacharle de perturbador de conciencias.

Por estos motivos no se había atrevido a plasmar en el Diario, después de una fatigosa consideración, que, muchas veces y contra su verdadera voluntad, se ha encontrado recreando su mirada en las pantorrillas y corvas de las muchachitas que pasaron delante,

las faldas excesivamente cortas, y a las que él, lejano espectador del mundo femenino, había permitido adelantar, una sonrisa galante y una ligera inclinación de cabeza.

Ni que se ha visto, dirá él, transportado por un embaucador y embriagante ensoñamiento, apoyado en la barandilla que da a la playa y contemplando a las bañistas que tomaban el sol casi desnudas y con ombligos variados y muy graciosos, ¡qué fiebre le entral, «estás viejo, Anselmín», y no podía sonreír.

El Papa llegaba el lunes próximo, no habría clases y poco después darán las vacaciones. Todos los niños han de ir bien formaditos en fila, el maestro al frente y respetuoso, a recibirlo al muelle grande. Debemos tener mucho cuidado, no vaya a ocurrir ninguna desgracia, que los niños se sabe que son niños.

Juanito sentía una mitigada alegría cuando no había clase, y ahora sonreía: que será un follón del carajo tanto chiquillo junto, ¡fuerte jaleo!, Lolina seguramente asistirá, ¡si pudiera verla y hacerle así con la mano!

Aún no había pasado la hoja del libro, y el maestro pregunta la lección dentro de poco. Juanito no sabe que está en clase, y Rufo intentaba asegurar con clarividencia cuanto pasó esta mañanita antes de venirse a la escuela —recordarlo nítidamente.

Recordaba que se lavó la cara después de paíto, recordaba que el agua todavía estaba limpia, sí, todavía, y podía uno reflejarse en ella, sí, recordaba con absoluta nitidez, ¡qué más quisiera dudarle un poquito aunque fuerel, y su cara no se reflejó.

Él no cayó en la cuenta cuando eso, pero ahora sí. Y era el aviso del santo, abuelita lo había dicho muchas veces y contó casos verdaderos: quien en el día de San Juan su cara reflejada en el agua no se vea, en lo que resta del año morirá y morirá, y su alma para la muerte debe preparar.

Recordaba el fondo de la palangana de plástico azul y el agua removiéndose ligeramente al contacto de sus manitas unidas en cuenco a recogerla: pero la imagen de su carota plana no temblequeaba en la superficie como siempre, como los demás días, su rostro no se reflejaba, no se veía, estaba segurísimo.

El ánimo se le seguía descomponiendo con desbordante rapidez. Se sobreponía rabiosamente a las ganas de vomitar: los hombres no lloran, lograba domeñar en un enorme esfuerzo de la voluntad la inminencia del llanto.

Lo imprevisto sin embargo, algo caliente, viscoso, humedecía implacable y paulatinamente y a más, extendiéndose, su trasero, corría hacia las ingles, hacia la parte inferior de los muslos.

Le dolió momentáneamente, fuera de tono, la rodilla. Se había olvidado ya de su miedo a morir este mismo año y los ojos se le cuajaron de lagrimones cálidos que no decidían deslizarse mejillas abajo. La vela de moco continuaba pendiente, ajena a tales sufrimientos.

Juanito, extrañado de tanta quietud a su lado, pareció volver a la realidad y giró la vista hacia su compañero, que seguía tapan-do con sus brazos la cabeza descansada contra la superficie superior del escritorio: ¿qué coño le pasa a éste?

Tenía más de memorias porque lo principió a escribir a poco de casarse su hija, pasando él ya del medio siglo y siendo casi todo lo escrito puras rememoranzas con sus consecuentes comentarios y sentencias. Sin embargo decía Mi Diario en la cubierta de cada libreta, sobre el número de orden.

En la libreta primera hay escrita con una mayúscula deliberada y acusadura esta expresión un tanto enigmática, y sin más comentario: «gran caída».

Le había sucedido al cuarto día de haberse casado su hija, ésta de luna de miel y él solitario en la casa, ¡qué grande se le antojaba!, desamparado, «en las garras sedosas de la fatalidad». Nunca supo, o no le convino pararse a pensar en ello, cómo llegó a la caída: «la carne es débil, no se puede ir contra la voz de la Naturaleza a menos que Tú nos entretengas con la Tuya, ¡y tantas veces nos dejas tan solos!».

Parecerá mentira, increíble, pero no lo había hecho nunca desde que le faltara su esposa. Se acostumbró a la eficaz inhibición por el embebimiento en que lo sumía el cuidado de su hijita. Tampoco le pasaría por la cabeza casarse de nuevo.

Se había peinado con nervioso esmero, rociándose incluso de brillantina y con fijador que amansara su indócil cabellera: llevaría el traje nuevo, solemne. Era época de vacaciones y temblaba a pesar del calor bochornoso, alejado de sus alumnos, de sus quehaceres ordinarios, su savia, «seguro que en período de clases no hubiera caído» —repetía a veces.

Estaba en un tercer piso: y había subido la escalera con una inenarrable sensación de temor y anhelo, de deseos imperiosos de seguir ascendiendo por los escalones y de deseos prohibitivos, amedrentadores, de desistir, dar la vuelta, echarse un par de copas en cualquier bar y regresar a casa, limpio.

Pero seguía adelante, agarrándose al pasamanos. Aunque se cansaba, no paró en los rellanos: continuaría subiendo, «¿qué maléfica fuerza me arrastraba privándome de la voluntad?».

La puerta, canela y de paneles casi negros, bajo una lucecita verde penumbrosa, tenía una mirilla de ventanita con barrotes como dorados: despedía un calor extraño, «de sirena».

Parado frente a ella, titubeó, sudoroso, incrementados sus tembliques, hasta que su mano, ajena a la voluntad consciente, se alzó autómatamente y con el índice pulsó, clinclán, el timbre, clin. En ese momento «mi alma quedó sola, abandonada, sin la fuerza que hasta allí la arrastró», quiso dar la media vuelta, dudó unos segundos, iba a darla.

Mas ya la puerta se abría y un rectángulo de luz rosácea, perfumada, arisca, se acostó sobre el suelo del pasillo, bajo una voz vieja, melosamente chirriosa, que decía buenas noches, pase usted, caballero. Era ya demasiado tarde y la «fuerza malévolamente tornaba a apoderarse de mi ánimo».

¡Niñas!, ¡niñas!... aquí un caballero. Aumentó el temblor: todas menos dos eran jovencísimas, como su hija, más incluso que su hija. Y eligió a la más de ellas.

Rufo no lo oía, pero sintió la mirada caliente de Juanito clavada en su nuca. Levantó la cabeza y viró el rostro hacia su compañero, que ya arrugaba las narices, mosqueado. Juanito miró adonde el maestro, por si acaso, antes de preguntar bajito a Rufo qué, ¿qué te pasa?; éste contestó con un sollozo inaudible y volvió a ocultar su cabezota bajo los bracitos.

Las lágrimas, insumisas, caían lenta y pesadamente sobre la madera del pupitre. Pensaba, sin acordarse de su implacable muerte este año ni de su moco tenaz, que el maestro debería levantarse y acercarse por aquí detrás, por su sitio. Pues así le diría flojito, sin que nadie se entere, estoy malo de la barriga, don Anselmo, ¿me da usted su permiso para ir al servicio?

Pero don Anselmo no se levantaría por lo pronto: acaba de llamar a Mendoza Cuatro para tomarle la lección. ¿Y si se atreve Rufo Chinito a levantarse e ir allá a la mesa del maestro?

No puedes hacerlo, no lo hagas, que la mierda te rodará piernas abajo, ensuciando alpargatas, piso, y recibirás leña por tolete, no te atrevas.

«¿Y si le grito desde aquí, frufnú: don Anselmo, me duele el estómago, la barriga, puedo ir un momento al servicio?». No vale la pena, que son muchas palabras para que puedas decirlas todas juntas y seguidas, en voz alta: te trabarías, y harás reír a los demás, se calienta el maestro: y toma leña, por tolete.

Aquí dio Rufo un hipido profundo y arreciaron sus lágrimas: el moco casi se le escapó, pero —frufnú— lograría atajarlo a tiempo.

Juanito, que ya sentía plenamente la peste, susurró: dícelo, coño. Rufo contestó en voz muy bajita y que retumbó contra el pupitre: tengo vergüenza. No lo oyó Juanito, tan sólo le notaba sacudirse en un suspiro oculto, sofocado contra la superficie del escritorio.

Hasta aquel día —luego ya no lo será— Juanito fue buen compañero de clase, en lo que cabía. Y, armado de valor, se levantó decidido, gime el pupitre, Rufo lo siente poner de pie y seguirá sin moverse, frufnú, sorbiendo el moco.

Juanito caminó hacia el maestro, que ya lo aguardaba mirándolo y extrañado por tal atrevimiento a levantarse de su sitio sin antes haber alzado la mano, el índice tieso, solicitándose permiso para ello y según se había ordenado infinidad de veces, pero nada, ellos nada, como si oyeran llover y guarecidos.

Y no era mal chiquillo este Juanito Padrón, muy sensible, le gusta el dibujo y suele pedir permiso para levantarse, las divisiones con dos cifras en el divisor esto sí que no hay quien se las logre enseñar.

Tosió don Anselmo poco antes de que Juanito casi se pegara al borde de la mesa luego de haber subido a la tarima. Todos lo oyeron a pesar de su delicada voz, incluso el aludido: «Rufo está malo de la, está malo del vientre, le entró diarrea, don Anselmo, me parece que está llorando de susto».

Y todos resortaron sus cabezas a la vez, girándolas hacia atrás, hacia donde alguno pudo ver el cúbico cráneo peludo de Rufo Chinito.

Instantáneamente, y como si estuviese convenido de antemano, se quiso aprovechar el momentáneo aturdimiento del maestro:

«afectándose por parte de la pillería una envidiable hipersensibilidad olfativa, expresamente manifestada con unos exagerados as-

pavientos y con escandalosos y altisonantes foos a granel, que con dos mañotazos sonoros en la mesa logré atajar sin verme obligado a pasar a mayores y castigar a alguno» —habría de escribir esa misma noche, algo risueño, en la página quince de la vigésimosegunda libreta. Un poco antes se habrá tomado dos ginebras con tónica.

Tosiendo largamente, la mano derecha cilindrada frente a la boca y apoyándose con la izquierda en el borde de la mesa, se levantó arrastrando hacia atrás el pesado sillón de tapizado cuero canelo cuarteado y maloliente: las patas del sillón chirriaron y causaron una fugaz dentera a Mendoza Cuatro, que, de pie y con los brazos cruzados, se apartaba dejando paso al maestro.

«Puedes sentarte —le dijo éste— y hay que estudiar más, mandrín; de todas formas no has estado tan ruin como sueles, verija: te pondré un seis» —y volvió a toser carrasposo.

Mendoza Cuatro alzó los bracitos en señal de triunfo y gritó susurrante: «¡bien!», bajando de un salto la tarima. Casi corriendo fue a sentarse: era mulato, casi negro total, el cuarto de los nueve Mendozas, y muy buen futbolista.

Ya Juanito estaba en su sitio: contemplaba con lástima forzada a Rufo, le vio un churre tras la oreja y pensó que a lo mejor tiene piojos, amusgando enseguida la vista y mirando con atención la espesa pelambreira a su compañero de pupitre.

Lo raro estuvo en que apenasapestaba ya: en que, si uno no se lo proponía forzado, no lo hubiese olido. Y Rufo Chinito alivió en algo su angustia al pensar en ello.

No se le veían piojos ni liendres, pero tenía muy sucia la cabezota y roñoso el cuello: no daba asco, no, sino daba pena. Y Juanito, hasta aquel día, fue compasivo —no lo podía remediar—

...«tiene diarrea el pobrecillo», con su vocecita de niño melindroso, el regocijado alboroto de sus condiscípulos, los manotazos amenazantes y la tos apaciguadora de don Anselmo, el chirrido del pesado sillón al arrastrarse, incluso el casi inaudible «¡bieeen!» del Mendoza Cuatro, la vuelta de Juanito a su sitio... todo lo había oído Rufo, todo lo oía... el chasquido de las sandalias de goma del mulatito contra el suelo en su salto desde la tarima «¡un seis!», la madera de la tarima crujiendo en los cinco pasos que estará dando don Anselmo, un cuchicheo, dos, tres, tal vez más cuchicheos dispersos, alguna risita sometida... poco se le escaparía a Rufo Chinito, que no osaba alzar la cabeza, aún guarecida bajo el aspa de sus bracitos.

Le quemó repentinamente la oreja derecha: Juanito me está mirando; y sintió una vergüenza momentánea. Luego se hizo una especie de vacío calmo en su mente.

No era consciente de su sentir, tal vez tuviese miedo —pero un miedo momio, endormido—, a lo peor acababa volviendo a llorar y se le derretía el moco y no podrá sujetarlo, frufurú, aún pendiente compacto y adherido como goma al labio.

Mantén los ojos hipnotizados contra la penumbra canela y algo brillante de la madera caliente, aguantando la respiración, el oído aguzado, los pálpitos del corazón sacudiéndole mansamente.

Ni volvía a recordar que tendría que morir en lo que queda de año. Segundos tan sólo y, luego, fue como si le rociaran el alma con agua fría: de pronto oía los pasos de crepé que se arrastra sobre losetas rotas y picadas, el maestro viene hacia acá.

Lo imaginó primero con el periódico bajo el brazo y el gesto endormitado, y lo imaginó después, enseguida, con Verraco levantado y amenazador: sigiloso, de puntillas, dispuesto a darle a trai-

ción. Y tembló de miedo repentino Rufo Chinito: apenas faltó para no resistir más, alzar la cabeza de una vez y mirar si... Ya no le daría tiempo:

Una sombra se había hecho a su lado, de pie, y comenzaba a susurrarle cariñosamente, desconocida, dulce en su ronquera olorosa a tabaco viejo, inclinada sobre él y que le ponía una mano seca y fría en el pescuezo.

Frufrú, casi reanuda Rufo el llanto, enternecido: el moco, frufrú, se le va a derretir y resultará difícil de sostener. Lo sorbe ruidosamente.



Mientras se anudaba la corbata ante el espejo—tocador que le ofrecía la inolvidable imagen de una tristeza vieja y fea, como viscosa y reseca a la vez —con gafas por encima— en el rictus de sus tan fuertemente apretados labios, se dijo masculino, inaudible, que mejor estaría muerto.

Y se apretó con fingida saña el nudo, trincando lívidos los dedos: así no dañarías a nadie, ahórcate —sin apretárselo ya—. Y estudiándose bien e inconscientemente los gestos que, sombreados a contraluz, le devolvía el arcaico cristal... hasta que, de sopetón, vio, bajo la difusa lumbre espolvoreada de una bombilla pintada de rojo que pendía del techo, cómo más allá de su espalda había concluido de vestirse la muchachita, que, con el ademán acostumbrado, indolente, canturreaba algo andaluz, muy en voz baja —pero él logró oírla, entenderle la canción— y alisándose maquinalmente la falda plisada.

No era tan hermosa como pareciera al principio, vestida y entre las demás, con lo entallado de su busto alzado, claro que apenas si se veía un poco bien, tanta penumbra verdosa y tanto olor sofocante —y esa desquiciante ansiedad medrosa—: demasiado fla-

ca, y de piel muy oscura a trechos, uno creería que enfermiza, además de con vello sin teñir en el dorso inferior a la altura del coxis, el bigotito sí teñido y sudoroso, destellante y como rojizo amarillado.

... Son detalles que no se olvidan: y el aliento a tabaco negro mezclado con chicle de anís, carboncillo colgándole en las pestañas seguro que postizas.

Y acordarás contigo mismo que no hay nada más antipático, y que te repugne, que una muy morena teñida de rubio oxigenado: incluso se le antoja a uno que debe de oler raro, que apesta: «haberte fijado mejor en la elección».

Es que, a veces, la mayoría de las veces, no se manda en los pensamientos, en los deseos: éstos surgen sin esperar y avasalladores, y se irán de impensado, sin avisar. Y como sí, pero no, desentonan. Por algo están ahí ocultos, además de que no puedes considerarlo igual antes y baboseando que después y hastiado y temeroso.

Costaba a don Anselmo tener que dejar de contemplar el espejo y dar media vuelta para encararse con la muchachita. Se quitó las gafas: la penumbra se acentuó al infinito; sobó con el índice y pulgar de su mano derecha el nacimiento de la nariz —ni se acordaba de toser— y, por fin, colocándose las gafas al tiempo que giraba hacia la muchachita impacientándose ya, aceptó que no iba a permanecer allí y así, emplantanado ante un tocador de burdel, toda la noche y la cabeza empezándole a doler zorramente: mejor pensar en otra cosa, ¿en qué?, vale más vender de una vez los pájaros pintos a Elías, el casal, me tiene loco con que se lo venda, pero no vaya el moranco a pensar que en menos de mil quinientas, eso sí que no.



Se mentía, no lo vendería, el casal, por nada del mundo. Y no pudo sostenerle la mirada: tuvo que perderla en el suelo —muy raída estaba la alfombra color de oro herrumbriento— ante los impacientes destellos de los ojos de la muchachita, que lo miraba de frente, sonriéndole con los dientes apretados.

Salieron del cuartito, recorrieron el pasillo —en silencio ellos y en indefinidos rumores franqueantes de resquicios— hasta la puerta de salida, donde la muchachita contestó el adiós sin sonreír y apresurosa por trancarla de una dichosa vez y cuyo chasquido al cerrarse habría de ser por mucho tiempo, indeleble, el implacable recuerdo acusador de la «gran caída».

Olía a pasta de dientes que no pudo quitar del todo el mal aliento la voz que le susurraba imprevistamente cariñosa: «Vamos, Rufo, vamos a ver qué es lo que te pasa, hijo».

Rufo Chinito no se lo esperaba así y tuvo que esforzarse en sostener el moco que se derretía y parecía perder adherencia. Incluso pensó en hacer uso del pañuelo, pero lo desechó: pues lo tenía en el bolsillo de atrás y habría de levantarse un poco para sacarlo, lo suficiente para que la mierda pudiese rodarle algo.

«Te sientes mal ¿no? Nada, hombre, nada, que eso no es nada: seguro que algún corte de digestión debido a los cachetes que te di (ahora recordaría Rufo su inminente muerte y no se impidió dejar escapar un sollozo que lo estremeció); vamos, tranquilízate. Y deja de llorar, anda».

Rufo levantó la cabeza del pupitre y casi gira su mirada hacia los cristales culobotella de las gafas del maestro: sorbió el moco, frufrió, apoyó la espalda en el respaldar y cruzó los bracitos.

Don Anselmo había retirado la mano de su pescuezo: «ahora te vas a casita, ¿sí? Pero antes vas al servicio de los maestros, te trancas

por dentro y te lavas un poquito en el lavabo, también los pantalones. Y no te importe ponértelos luego mojados. Después a casita, ¿vale? Y dirás a tu madre que te dé una taza de manzanilla con una gotitas de limón: no lo olvides ¿eh? Anda: levanta con cuidado y sal... Ustedes —cambió el tono de voz: ésta creció, braman-te; se dirigía al resto de la clase— a lo suyo, que ya está bien de novelereo. Y no vea yo a alguno que sigue mirando para lo que no le interesa y mucho menos haciendo el mojigango ¿oyó usted, Miranda? Venga: a seguir trabajando». Acarició la ruda pelambre-ra de Rufo, dulcemente: anda, hijo, con cuidadito, sal.

Se levantó Rufo miedoso, los movimientos tardos, como estudiados, pendiente de su trasero, sorbiendo el moco —frufnú— algo frenéticamente. Lograría llegar al servicio de los maestros sin que nada anormal surgiese.

Esa mañana Rufo tuvo la impresión que tendría un condenado a muerte que recibiera el indulto a última hora. Había llenado de agua la taceta del lavabo hasta casi el borde, para meter en ella los pantalones y lavarlos lo mejor que pudiese.

Es cierto que no pensaba con agobio en su próxima fatalidad, pero un peso invisible aplastaba su espíritu, le nublabá ligeramen-te el rostro. Se alongaba hacia la llave del grifo para cerrarla cuando, con la intención de darse un último golpe de gracia, pensó en volver a mirar en el agua y no verse reflejado en ella: así quedaría seguro del todo —además de que aún era de mañana.

¡Qué hermosa le pareció su carota sonriente reflejada en la lim-pia superficie! Lavó los pantalones mientras cantaba con voz trin-cada aquello de «pierde cuidado, madrita, que yo a la guerra me voy; y si muero en la campaña, por mi patria el alma doy».

Se puso los pantalones completamente empapados y chorreando, y salió corriendo hacia su casa, brincando y relinchando de alegría sin control. Aquella mañana no volvería a la escuela, ni falta hizo decir a su madre eso del agua de manzanilla con gotas de limón.

Se cambió de pantalones: la madre no estaba en casa, había ido a lavar en la acequia del molino. Cogió un pedazo de pan tierno que había encima del poyo y dos plátanos maduros de dentro del roperito de la cocina, y se fue a la ladera —donde abuela le había dicho que abuelo iría a coger hierbajos para la cabra y los conejos.

Antes de salir agarró la tirapiedras: por si encontraba lagartos que cazar.

Se asemejaba don Anselmo a un sonámbulo cuando bajaba la escalera, sin apoyarse en la barandilla, y con la sensación de quien es llevado en vilo: el chasquido de la puerta al cerrarse reverberando en su cerebro, impidiéndole pensar.

Sin embargo una vaga certidumbre rebullía socarrona, confiada y sin hacerse notar descaradamente, en su alma, sigilosamente: y como apabullándose con la próxima e ineludible gravedad de la ceñuda recusación que le haría su conciencia amedrentada —escrupulosa, inflexible— ante todo intento de disculpa, «de por qué no sincero arrepentimiento».

Cuando en los últimos tiempos recordaba don Anselmo aquellos críticos momentos vividos después del acontecimiento y durante días, concluye diciéndose entre dientes y luego de toser y escupir: «para total, leche», tosiendo y escupiendo de nuevo.

Se es valiente lejos de los peligros: mas nunca osó plasmar de forma directa, descriptiva, crítica, en su Diario las consecuentes vivencias acaecidas en la nefasta noche.

Algo sobre ello escribiría, simulacro de poema y con bolígrafo rojo de punta gorda en las últimas hojas, sin fecha, tal vez semanas antes de su muerte:

«...la cósmica pena, pena que te agusana, que te guía al muelle, el paso humillado, el paso arrepentido, ofendido: cuánto dolor, cuánto sufrimiento habrá desencadenado tu acción vil, con el paso arrastrado, avergonzado, y avergonzadas las manos en los bolsillos, tus manos, garfios que creyeron abrazar a un pobre barro seco y compacto que aguarda entre sonrisas sin alma y vendidas al viento que lo esparza, ¿dónde poner tu esperanza, dónde? si...»

Probablemente luego se sentó en un humedecido y ferrujoso noray negro a contemplar el agua meciendo blandamente aquellas barcas de donde emanaba un silbido aburrido de hombre que no se veía y que tal vez trajinaba bajo una luz débil y anaranjada.

Alrededor de las doce menos cuarto salieron, no fuese a escaparsele la guagua al maestro. Nada más ir asomando a la calle, la correcta hilera de los chiquillos se deshacía entre graznidos, trinos, cacaraqueos, aullidos, kikirikíes, toda clase de chillidos guturales —era la moda imperante para las salidas de la escuela— y Tomásín Gato no maulló, sino lanzó un agudo mugido prolongado; luego *sonrió complacido haciendo una seña de movimiento de cabeza hacia atrás a Feluco, que silbó fuertemente.*

Los dos partieron a correr con todas sus ganas carretera abajo y antes de que Juanito asomase en la salida. Si aún hubiese estado Rufo, Juanito sería el penúltimo de la fila. Ahora saldría el último, lo suficientemente retrasado para que pudiesen los dos perderse de vista si quisieran. Y querían.

Salió y miró arriba: el sol se imponía absoluto y blanquísimo en el cenit de un cielo azul bruñido, casi añil intenso. No observa-

ba el menor rastro de nubes, nadie pensaría que la pasada madrugada pareció diluviar.

Como ayer y anteayer y como el lunes, sin escarmentar y esperanzado, Juanito buscó con la mirada a Tomásín, a Feluco, entre la espantada ululante de sus condiscípulos, que parecían perseguirse y desaparecían unos tras otros por la esquina de allá abajo, poco antes de llegar al pilar público, un burdo grifo curvo de chorro casi siempre débil, desesperante, con determinadas horas de funcionamiento: un pilar sobre una pileta cuadrada y con desagüe de rejillas pardas, mohosas.

Sintió que es un calor que apura, apremiante, un calor que te obliga a achinar los ojos arrugando la nariz, un calor que secó los charcos y cuarteó la tierra embarrada, que ha obligado a los perros a arrimarse en la ínfima sombra lineal y azulina que dan las casas chatas, terreras, y con la lengua fuera, babeante, sedienta.

No tuvo tiempo de verlos desaparecer por allá abajo y venció el deseo de echarse a correr él también: bah —despechado—, encajando la indócil carpeta de cartón rojo—arcilla contra la cadera y agarrada por las dos manos.

Ya bien colocada la carpeta, fue cuando miró a Nicolás, la burra ciega y sin embargo parece mirar viendo, el pelaje blancuzco grisáceo, pegada al muro de la finca, enfrente: desafiando complacida e impasible a los rayos solares amarilleando su contorno superior: y como si aguardara algo el animalito, pacientemente, sin asomos de prisas, que todo llegará —y si no llega, pues que no llegue—, con su séquito de moscardones verdes arrullándole en torno a las mataduras del lomo y de las ancas.

Dejó el chiquillo de mirarla e inició la vuelta a casa: bah —masculló—, sé estarme solo, no hacía falta que me esperen los jodi-

dos éstos —la carpeta mojándose con el sudor de sus manos, de su cadera, deslizándose hacia atrás: agarraba bien otra vez, colocadita, escapándose ahora hacia adelante, molesta calentando a uno la maldita.

«A ver cuándo maíta me compra una cartera de cuero marrón, y con agarradera».

La calle quedó vacía como embalsamada con el paso de la fugaz gritería, humeante el asfalto, dirritiéndose en alguna parte maloliento.

Y salió don Anselmo. También miró a la Nicolás: «quizás ahí tengamos lo poco de posible felicidad: en la completa ignorancia, en la más completa de las...» —no halló la palabra adecuada y desvió la mirada hacia su reloj, luego hacia arriba, hacia el apeadero: una mujer gruesa, bastante joven y vestida toda de negro, esperaba la guagua. Había una cesta de caña amarilla y cubierta con un paño blanco, colocada en el suelo, junto a sus pies.

La burra pareció oír el pensamiento del maestro sobre ella y le levantó con displicencia la mirada ciega, bajándola enseguida y despectivamente. A continuación, como dando a entender que ya hubo visto lo que tenía que ver, echó a caminar con aire de sumisa arrogancia, humildona, la cabeza ligeramente caída, el rabo quieto. Había pertenecido a una basurera de las cuevas del Baladrón y conocía el barrio sin necesidad de ver por dónde andaba: todos la respetábamos.

Llegó don Anselmo a la parada, dijo «buenas» tras y antes de un carraspeo, oyó «buenas nos dé Dios» con entonación grillosa. Para nada abría el periódico, pues notó a la mujer coger la cesta

del suelo: se acercaba la guagua bastante silenciosa, seguramente venía en punto muerto y sin chirriarle siquiera los frenos.

Ella delante y él detrás subieron, habiéndole dado alguna lata el cerrar y doblar el periódico: casi suelta una palabrota. «Buenas», dijo al cobrador, que chupaba ruidosamente un caramelo de menta olorosa: «buenas para estar en la playa y sin dejar el agüita ni para dormir la siesta, don» —bromista siempre, sonriendo soltando salivitas, tendiéndole el boletito sin mirarlo.

La mujer de la cesta se había sentado sonoramente: la guagua con sólo cinco pasajeros, como soñolientos, y él: pasaban minutos de las doce y todavía no salen los demás, «por favor, no le importaría y me dice la hora correcta». Las «y tres» por radio nacional.

«Gracias», no, no tenía mal su reloj: «veamos qué chismea hoy la señora prensa» abriendo de nuevo el periódico, dificultado por los vaivenes a que lo sometía la guagua, que desaparecía por la curva encima de la iglesia, hacia abajo.

La Nicolás se detenía en el desvío hacia la acequia de la aceña, de donde flotaba difuminada una tonadilla susurrosa —y acompasada con el chasqueante restregar de ropa burda contra las rugosidades del lavadero. En ese momento iniciaban la salida las otras secciones de la escuela.

Juanito sudaba demasiado, congestionadas las mejillas. De nada le valía ir pegado a la pared: era insuficiente la sombra. Pasaba el pilar, donde se alineaban junto al murito los cacharros de lata, tallas de arcilla, garrafones forrados con tela de fardos unos y desnudos y destellantes otros, esperando ser llenados del agua —despacio— y luego transportados por esas muchachas y mujeres en la cabeza o contra la cadera, y por esos viejos que parecían condenados a sol, silenciosos, masticando el cigarro algunos, endormitados, de

pie o sentados sobre un sillar roto, sobre una piedra, todos ellos con cachuchas bilbaínas.

No reparó en ello: se notaba como escupido, meado —«No me hacen falta», puaj: escupió pastoso, «que me sé estármela solo, sin compañía».

Pero algo pasaba, estaba ocurriendo desde hacía días, y no sabía ni lograba imaginar qué: bah, al carajo. Para distraerse, púsose a caminar de piedra en piedra, jugando a no pisar tierra, manteniendo el equilibrio, perdiéndolo a veces —¡coño!—, «si piso tierra otra vez, no me caso con Lolina»: ensombreciéndosele, de pronto, el entrecejo, «no me gusta la nueva ésa, se han hecho muy amigas, siempre juntas, la Maricruz ésa, no debería estar tanto con ella, no», sin dejar de pugnar por sujetar la huidiza carpeta, pesada.

Saltó de un guijarro plano al escaño en la entrada de la tienda del Vinosa: dos mujeres comprando hablaban a gritos, como discutiendo. Miró hacia la penumbra de dentro: la madre de Feluco, peleona, «¿y si le pregunto por?», bah, que se vayan a la mierda los dos.

E iniciaba el salto del escaño a una piedra algo difícil cuando a su detrás oyó el cascabeleo agudo, machacón, de una campanilla harto conocida en el barrio. Perdió el equilibrio y cayó su pie izquierdo sobre la tierra polvosa de la calle: el pie derecho quedaría innecesariamente suspendido a pocos centímetros del suelo. «No vale. Me asustaron. No juego más», la carpeta a punto estuvo de caérsele total.

Se volvió a mirar lo que sabía: «Padrediós». Las dos mujeres que compraban en la tienda del Vinosa se habían asomado, curiosas, y se arrodillaban con cierta ostentación.

También él se arrodilló, encima de la carpeta tendida en tierra, y cruzando reverente los brazos contra el pecho, erguido el torso. Padrediós era la Sagrada Forma que llevaba el joven párroco suplente a algún impedido, un pañolete blanco arropándole la espalda y envolviendo el cáliz a la altura del esternón, la cabeza inclinada reverentemente, el caminar premioso, solemne, y precedido por el bullanguero tintineo de la campanilla en la revoltosa mano de Tiñoso, el jugueteón monaguillo que no va a la escuela del rey sino a clases nocturnas en una Academia abajo cerca de la catedral: su cara llena de pecas grandes y marrones, el pelo largo, rojo, brillante, la dentadura saliente y blanquísima, titilante, habla gangoso adrede y se la echa de simpático, haciendo monerías zorrunas mientras ayuda a misa o a novenas.

A Juanito le caía fatal el monaguillo, que pasaba ahora justo frente a él arrodillado: alargó Tiñoso la campanilla hacia su cara, casi rozándole la frente gacha —la vista clavada y distraída en el polvo del suelo.

El tintineo fugaz fue estruendoso, por poco lo deja sordo, enrabándolo y haciéndole cerrar los ojos, sorprendido así de pronto. Cuando Juanito pudo mirarlo —enconado—, el monaguillo le mostraba burletero la puntita de la lengua en regañisa procaz.

Se levantó Juanito mostrándole amenazador el puñito cerrado: volvió el monaguillo a sacarle la lengua al tiempo que movía la cadera en gesto grosero. El párroco suplente cayó en la cuenta desde su recogimiento y carraspeó recriminatorio: Tiñoso fingió seriedad litúrgica y no volvería a mirar hacia atrás.

Juanito sacude con la palma de su mano el polvo adherido en la carpeta, parado, haciendo tiempo a que Padrediós se aleje para no tenerlo que adelantar o ir pegado a su detrás. Dobló Padrediós

por el callejón de Amalita: «será para la abuela de Socorrito, dicen que se está muriendo» y aceleró el paso al ver que el párroco se perdía de vista en la bajada hacia un caótico grupo de casas en la ladera del poniente, justo detrás de la panadería donde dice abuela que tanto trabajó tu abuelito en paz descanse.

Don Anselmo acostumbraba tomar el aperitivo, una copita de ron cubano con una tapa de pescado frito, en el bar de la catedral, frente a la cual le dejaría la guagua.

«Buenas», bramó levemente al entrar, «demontres de calor. Pon lo de siempre, Nono: si el pescado es de hoy. Si no, un poquito del queso más duro y picón. Para que luego digan si es un verano remolón el condenado: un vasito de agua cuanto antes, Nono», sin toser ni carraspear una sola vez.

Si mis oídos no me engañaron, parece ser que oí a Padrediós bendito —abuela tenía pensado felicitar a Juanito por su santo nada más llegara de la escuela y darle un par de duros para que fuera a la tienda de Virginito Mendoza y comprase un aguacate para él solito pues era su santo, pobre criaturita, tan melancólico siempre. Una se pone vieja corriendo: el tintineo de la campanilla anunciando la visita del párroco a cualquier enfermo o moribundo la enervaba, no podía remediarlo. Y un sudor frío refrescaba su pescuezo: tú lo has visto a Padrediós bendito, ¿no?

«Sí. Bajó por el callejón de Amalita». Entonces será para Eloinita Arraiz, la abuela de Socorro, la pobre tan vieja: ojalá y llegue una a lo que ha llegado ella con su tino siempre fresco»

Juanito pensó que se decía que pasaba de los cien años, nunca la había visto en persona, pero sí una vez en el periódico: toda vestida de negro, los ojos cerrados y el poco de rostro que mostraba hecho una pura pasa de arrugado que lo tenía. Sintió curiosidad

momentánea de verla de cerca, ¿cómo será maíta con cien años?, abuela tenía cincuenta y cinco: había dejado la carpeta sobre su cama.

Un sofocante y oloroso crepíteo de algo que se fríe en la sartén lo invade mientras se acerca a la entrada de la cocina, pensaba beber agua fresquita de la talla. Equilibrada sobre su única pierna, chorreando hilachas de pelo gris sobre frente y mejillas, sudorosa, resoplando continuamente fresco hacia los ojos, abuela tendía su mano a coger la muleta apoyada contra el saliente del poyo: «hoy te hago salsa de tomate dulcita para que la pongas al arroz y te freiré tres plátanos, tres», le dice al verlo asomar.

Y se acordó ella, y sonrió fea: sólo le quedaba un colmillo superior largo y amarillento, sucio, del que casi siempre dice «me lo sacaré el lunes próximo si Dios quiere, me haré una dentadura postiza, ay cuánto hecho de menos el panito bizcochado y el queso duro».

Ven, hijito, a que te dé un beso tu abuela: el niño se extrañó. Felicidades, rey mío: y lo besó largamente en el cabello, húmeda, cálida, oliendo a frituras.

Tenía Juanito completamente olvidado que hoy era día de su santo, y pensó de nuevo en un aguacate grandote, madurito, empezando a ralo, salado, con pan blanco: ¿quién sabe si...?

Abuela pareció leerle el pensamiento. Mientras se metía la mano en el bolsillón del delantal, de donde extraería un pañuelo anudado que desanudaría con cierta dificultad, dijo sin dejar de sonreír «te daré cinco duros y compras un aguacate y con lo que sobre haz lo que mejor te parezca ¿sí?» —en el pañuelo había varias monedas, tomó cinco y las alargó al niño, que imaginaba ya en el domingo próximo: podría comprar algo bueno para Lolina, algo más que un pirulí, quizás un dulce de los caros, de los que él rara vez

ha comido, no, mejor un bombón de helado o un... cuando sintió el contacto frío de las monedas en la palma de su mano derecha.

«Gracias, abuelita. Te quiero mucho mucho: lo juro», reculando de prisa hacia el pasillo que lo conduce hasta la puerta de la calle. Se había olvidado de beber agua, de la enorme sed que sentía.

«Ahorita vuelvo», dio la media vuelta y oía a su espalda que no tardase, esto va a estar ya listo, y frío no sabe, es arroz blanco, no te olvides, que se apelota.

Involuntariamente cerró de un portazo que a lo peor molestaría a la abuela. Sintió de nuevo mucha sed y no le importó: estaba contento. Pero su efímera alegría se difuminó al recordar a Tomásín, a Feluco... Iré a buscarlos.

Don Anselmo miró el reloj inconscientemente, no se enteró de la hora que era: esta tarde no hay clases, dentro de dos semanas empezarán las vacaciones, «¿para qué tantas prisas?». El bar estaba casualmente vacío, sólo él de cliente.

«Nono, me sirves lo mismo de costumbre y lo alcanzas, por favor: a la mesa de la ventana. Gracias, hijo».

Ya sentado en la silla más cómoda, abrió el periódico, «dispuesto a leerlo de cabo a rabo». Más allá del papel impreso escuchó una tosesita anunciadora. Apartó la prensa y: «¡hombre!, Silvestre del diablo, lustra, hijo, lustra».

El limpiabotas se arrodillaba ya, como todos los jueves del curso —esta vez algo más temprano—, e iniciaba su repertorio de fútbol. Don Anselmo, complaciente, abandonaba su lectura para escucharle y opinar. Nono, con su eterna pachorra de somnoliento, sirvió.

«Pon a Silvestre lo habitual», señalando con la barbilla adelantada al limpiabotas y mientras llevaba el vasito de ron a los labios.

A estas horas le gustaba sobremanera el aroma del pescado recién frito, y el tono con que hablaba el limpiabotas, pausado, sin vacilaciones, seguro de sí, no importara los escupitajos a la sintaxis o al léxico: Silvestre era de buena madera, de muy buena, ¡pobre viejo!



El pantalón de Juanito tuvo bolsillos hace algún tiempo. Actualmente carecía de ellos y podía apreciarse las marcas oscuras que dejaron al arrancarlos mamá en un arrebato de malhumor:

«¡si sabías que estaban rotos por el fondo, ¿por qué demontres metiste dinero en él, so bobo?» gritó sin llegar a golpearle —era una época en que se encontraba un poquillo delicado de estómago, apenas si comía algo, y maíta logró contenerse a tiempo.

«No me acordaba, mamá» diría Juanito seguramente, asustado ante la pálida faz encolerizada de su madre, que le arrancó primero uno —«¡con que no te acordabas!»—, luego el otro —«¡fuera si no sirven, fuera!»—, los bolsillos. En algo tuvo que vaciar su rabia.

Parecían sudar las monedas en la mano, quemaban. Llegó a la tienda de Virginito, el padre de su condiscípulo Mendoza Cuatro: estaba girando con su parsimonia natural la manivela en el surtidor del aceite, dándole la espalda.

Una muchachona de las de la finca del Fonduco hacía la compra, su cesta ya repleta de víveres. Juanito puso los cinco duros so-

bre el mostrador forrado de falso cinc: «Virginito, ahora mismo vengo, coja esto, que son cinco duros —miró hacia la caja de aguacates— y me busca un aguacate madurito para comer ya en el almuerzo, podrido no ¿eh?».

El tendero dejó de dar a la manivela y le echó una mirada sobre el hombro, sin virarse: era un viejo que se conservaba lozano, sin arrugas, el rostro lleno y siempre congestionado, risueño. Y dijo «bueno, bueno», la voz rajada, melosa, afamada por sus puntos cubanos en las fiestas del barrio.

Ya Juanito estaría en la calle cuando Virginito cogió las monedas de encima del mostrador. Y las llevará con su paso pachorriento al cajón de las perras, donde las deja caer una a una: ¡cuánto le agradaba oír el choque de moneda que cae con monedas que ya están!

Le había entrado a Juanito como una rara comezón que lo impulsaba a solventar el asunto que existiera entre él y Tomasín y Feluco. Dedujo: si corrieron a todo escape, es que no iban para sus casas, no. Así cavilaba mirando la puerta cerrada de la casa de Tomasín y con los brazos en jarra y las piernas ligeramente abiertas.

Pasó a su lado un hombre que le golpeó amistosamente la cabeza: «adiós», musitó el niño sin mirarlo y saltó a correr hacia la parte trasera del barrio, la que da a la ladera de los antiguos tomateros. Seguramente fueron a la Media Luna, a lo de Rodolfo: creo que los dos andan queriendo aprender a tocar la guitarra.

Rodolfo les va a enseñar, dicen. Iré. Y si me echan, pues nada: se acabó, lo juro por mi madre santísima. Claro que Rodolfo no dejará que me echen, claro que no. ¿Y si yo aprendiera a tocar la guitarra con Rodolfo?

Corría a lo jinete sobre caballo al trote, una mano delante simulando agarrar las bridas y la otra golpeándole el trasero en acicate: de trecho en trecho daba brinquito. Había sido una cantera de sillares que se derrumbó aplastando a más de una docena de parroquianos y hoy era una media cueva con la entrada alzada sobre lo derrumbado y formando como una luna que mengua: lo llamábamos la Media Luna, en ella vivía un extraño muchacho que se hacía llamar Rodolfo y que parecía bastante culto, tenía una guitarra enorme, de caja paralelepípeda y construida por sí mismo, y con la que delectaba a cuantos tuvimos la suerte de escucharle en sus improvisaciones. «Jejey, jejey, buen competidor, bueno bueno — decía de él Virginito Mendoza—, otro estilo, claro, otra música».

Rodolfo, ya en época de los primeros transportes motorizados, prefería hacer de carretero: era estimado y el trabajo le sobraba. Se corrió por el barrio, sin mucho fundamento, que el burro peleón y hembra que tiraba de su carreta era hijo de la Nicolás: los chiquillos creíamos que sí, pues la burra errante y ciega lo visitaba con frecuencia.

Juanito dejó de trotar nada más llegar a la veredita que lo guiaría hasta la Media Luna: tomó resuello y echó a caminar lentamente, distrayéndose con los destellos del sol rompiendo contra los trozos de vidrio, botes de lata, piedras pulidas, cardos resecaos y brillantes, todo diseminado por la ladera que se alzaba a su izquierda y en cuya cima podía verse el filo de sillares amarillentos del murito que bordea el estanque de los Ortega.

El silencio era un calor acentuado con cantos de cigarras invisibles y un sudor que se metía en los ojos, escociente: se acordó con premura de que tenía sed.

Don Anselmo decía que sí con la cabeza: estaba de acuerdo con la perorata docta del limpiabotas, que había concluido su tarea y ahora, sentado en la misma mesa y sorbiendo de vez en vez un poquito de vino herreño, tras del que picaba una aceituna morada, exponía la única manera posible de salvar al equipo del desastre ligero.

Al maestro no le gustaba el fútbol hasta que vio patear una pelota de goma a su nietecito mayor aquel día de playa; su yerno contemplaba con patente satisfacción, embelesado: «ahí tenemos una promesa, suegro». «¿Sí?». «Vea con qué temple le pega a la bola, vea, vea, con qué precisión». «Sí, sí». «Ahora, ahora, eso es, así, con la zurda, bien bien». «Je, gracioso», dijo don Anselmo, y pensó: habrá que irse enterando uno de esto. Llegó a enterarse en poco tiempo: y fue tal su imprevista afición al fútbol, que no se perdía un partido de fútbol en el Insular, ni siquiera regionales o amistosos.

Uno que entró al bar se dirigió a Silvestre: «¿me lustra los zapatos el señor?». Enseguidita estoy con usted, y se bebió de un trago largo lo que restaba de vino en el vaso.

El silencio fue escucharse los pálpitos del corazón, retumbones, acelerados. Se acercaba a la entrada de la cueva. La vería nada más llegar a ese recodo y no lograba oír rasgueos de guitarra ni murmurios de conversación. Creo que no van a estar: se hubiera oído algo ya desde aquí —sintiendo un nudo de mimo en la garganta.

En efecto: no retozaba el burro en este solar ni el carro se apoyaba en la sombra de aquel risco. Rodolfo no ha llegado de algún encargo que tiene. Juanito se restregó los ojos, le picaban: bah, que se vayan a la mierda los dos.

Y se dispuso a regresar a casa por donde mismo vino, sin prisas, ¿y si juego a no pisarme este pizco de sombra?, imposible, bah,

que a mí no crean me van a joder esos dos sobejos del coño... ¿y por qué le evitan últimamente?, cosa de maricas sin ton ni son, y lo que jeringa es que te haces a estar con otro de amigo y luego si se va, nada, al carajo, eh: mira, mira esos dos cuervos aquí tan abajo, y uno parece jodido en el ala, poco asunto, los empujaría desde la cumbre hasta acá el ventarrón que sopló ayer tarde al final de la cacería, casi me tumba, y después nubes enormes y relámpagos, truenos lejanos, uno se caga de miedo, cómo pica el sol, para que mamá no me lleve nunca a la playa ni me deje ir con tía Manolita, se puede ahogar el niño, no y no, déjalo aquí tranquilo y no lo estés embullendo más, ya irá conmigo un domingo de éstos, sí sí, contigo, la mentirosa, nunca me cumple nada, como a ella le gusta estar blanquita, que me fastidie yo, todo reblanquido por dentro, hasta vergüenza te entra cuando te cambias de ropa delante de los amigos para entrenar, todos ellos morenitos y yo pareciendo un caracol baboso, cualquier día me escapo y me piro solito a, coño, parece que, sí, escucha, escucha.

Se detuvo Juanito, aguzó el oído cerrando los ojos, una gota de sudor deslizándose extrañamente fría desde su sobaco izquierdo: se siente como un cuchicheo contenido que parece venir desde el estanque. El sol cayendo en amarillo denso sobre el polvo aquietado del camino era un fuego lento, derretido en la frente del chiquillo, en las axilas, en la costura de las ingles.

Hacia el sol asomar a los lagartos, que se tendían en las peñas a secar su piel, a endurecerla, a calentar su sangre, a dormirse con ojos hipnotizados. El sol se confundió con el murmullo momentáneo, condensándolo en el aire inmóvil: sí, hay alguien en el estanque de los Ortega —seguro que cazando lagartos.

Y el chiquillo, a su pesar, tuvo una oreada de contento: los vería, a lo mejor le dejaban juntarse, cazar con ellos. Ascendía por la lomita hacia el rellano que contorneaba el muro del estanque.

El sinuoso caminito que conduce a la bajada al fondo del estanque, vacío casi siempre, estaba en la parte de allá, por la otra ladera, y por acá había que subir a gatas: cuidado no cortarse la palma de las manos y las rodillas con cascos rotos de botella, con afiladas latas, o pincharse con cardos o cualquier verguilla.

El sol, tanto sol, jode, sí jode. Y ahora repentinamente no se oían murmullos, tan sólo el insignificante ruido de algún guijarro que sus alpargatas, al afianzarse en la tierra floja y agrietada, hacía rodar cuesta abajo hasta detenerse.

Por fin arribó a la cima del montículo: ya estaba en el rellano, y sorprendido de lo agitado que respiraba, violento, sofocado. Era un estanque pequeño, de bastante profundidad, casi un pozo grande y de antepecho de sillería a hueso, de antepecho alto para Juanito, que miraba con detenimiento el muro, buscando dónde apoyar la punta de los dedos de sus pies y dónde agarrarse.

Se había descalzado y visto la suciedad polvorienta amasada con sudor de sus entrededos, empeines, tobillos. Sí le resultaba alto, pero podría subirse fácilmente: y lo subió, ancho en la superficie superior, donde se tendió de bruces, parte de la cabeza hacia el interior del estanque, los pies colgándole hacia afuera.

Cerraba los ojos, escociéndole. Los latidos de su corazón apagaban todo ruido posible que se hiciese abajo, dentro del estanque. Es de Feluco esa risa sofocada, seguro —abrió los ojos—, esa risa que vuela desde la concavidad de la parte de allá, justo bajo la escalera de peldaños de laja empotrados en la pared de enfrente.

Don Anselmo aprovechó que Silvestre entrara en faena algo alejado de él para echar un vistazo profundo a la prensa. Lo primero que leyese sería, como siempre, las páginas de fútbol con las airadas lamentaciones de los críticos ante la campaña negativa del equipo y las posibles soluciones a buscar. Y tosió por primera vez desde que entró en el bar.

En un lapsus de la lectura observó cómo Silvestre hablaba de boxeo con su cliente, «vaya un sicólogo este limpiabotas», sonriendo, «sabe adaptarse, apoyarse en las debilidades» y tosió por segunda vez, como sin convicción.

Esa noche escribiría en su Diario, acordándose con ternura de Silvestre: «mirándolo bien, vale la pena que nos rijan los menos pretenciosos y diplomados y que se queden los verdaderamente listos y vitalistas en la plebe para ayudarnos a conllevar esta miseria de existencia», leyéndolo después de escrito y tachándolo muy bien tachado, no sabría nunca por qué, ni qué diría bajo aquel borrón tan bien hecho cuando tiempo después se encontró ojeando esta precisa página.

La escalera de bajada al fondo seco está por la otra parte, allá: ahora va y bajará, pero antes voy a ver qué hacen y a lo mejor les hago una bromita tirándoles alguna piedra para asustarlos a los dos, jajay —pensaba segundos antes de mirar y ver qué ocurría bajo la sombra cóncava y siempre húmeda: siluetas conocidas se movían haciendo...

Se le cuajó la sonrisa que florecía su boca reseca: había visto lo que jamás olvidaría, ¿quién iba a suponerlo?

Notó asustado el cabriteo loco, indomable, de su corazoncito desesperado y que las rodillas le flaqueaban cuando logró de un salto descolgarse del muro y volver a contemplar la lomita por donde

descenderá sin cuidarse de mantener el equilibrio, descalzo, olvidado de las alpargatas arriba, al pie del muro, ni ver ese corte sangrante que se hizo en la planta del pie derecho con un vidrio verde, la garganta oprimida por un llanto que no rompe y que rompería leve y sordo, a reflechones, dos lagrimitas tan sólo estelaban de suciedad mejillas abajo hasta llegar saladas a los labios.

No veía por dónde caminaba. Parecía ebrio de un dolor fuerte, increíble, de un dolor que se fue pronto, pero que dejaría su huella anonadante y embriagadora, ciego a las aulagas, tabaibas, cardos y tuneras secas que se derramaban a su alrededor, ciego a cuantas personas cruzaría en su ambuleo flotante, reguero de unas gotitas rojas que caían de su pie a embarrarse con el polvo de la calle.

Le volvió la realidad en el quemor agudo de sus ojos inmóviles y en un sol colgándole, titilante y molesto, en las pestañas. Pestañeó: se encontraba ante la puerta canela de paneles amarillos, respetuosa puerta que guardaba el sagrario de su... bah: venganza. Y sus ojos empezaron a brillar distinto.

Golpeó la madera con el puño cerrado, sin importarle el dolor que sintió en los nudillos. Se abrió la puerta: de la oscuridad interior que lo encandilaba brotó una voz ariscamente dulzona, «¿qué por aquí tú, Juanito? ¿se le ofrece algo a tu abuelita acaso?».

Juanito la miró con rabia atolondrada: se seca ella las manos en el delantal azul, tiene un pañuelo rojo atado en la cabeza, la ve gorda y bigotuda. «No. Es de Lolina» —su voz le sonaba distinta, ronca, endurecida. Y la mujer pareció asustarse un poquito, balbuceó: qué, hoy no tenía clase...

Juanito la miraba fijamente a los ojos, podía verla bien ya, y sonrió con crueldad. Dijo silabeando: su hija Lolina está con Maricruz

la nueva, yo las vi, están en el estanque de los Ortega y hacen cosas feas con Tomásín El Gato, y con Feluco El Diarrea, yo las vi, estaban casi desnudas.

Giró sobre sí y se alejó simulando un contoneo firme, atento a sus espaldas con el oído: al cabo de algunos segundos oyó una puerta que se cerraba lenta y chirriante. Sonrió dolido. Habrá que ir a por las alpargatas —se dijo al notar el fuego de las piedra caldeadas bajo sus pies descalzos.

«Y por el aguacate»: el sol secaría sus lágrimas. En ese preciso momento don Anselmo escupe un trozo de espina dentro de la copa vacía.

Í N D I C E

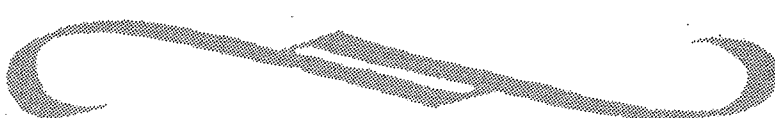
PRÓLOGO.

De un escritor conmovido. Cristina R. Court 9

LA VEZ ENTRE DESPUÉS Y AHORA 13

ADEMÁS LO PRIMERO 51

ÍNDICE 123



RELACIÓN DE TEXTOS EDITADOS POR EL CABILDO INSULAR DE LANZAROTE

- Lanzarote. Agustín de la Hoz, 1962.
El Volcán y el Malpaís de la Corona. La Cueva de los Verdes y El Jameo del Agua. Telesforo Bravo, 1964.
La Cueva de los Verdes. Federico Macau Vilar, 1967.
Lancelot 28° 7°. Agustín Espinosa, 1968.
Lanzarote Volcán de Leyenda. Jesús María Godoy, 1969.
Titerroigatra y yo. Jesús María Godoy, 1969.
Lanzarote y yo. Leandro Perdomo, 1973.
Coplas de Víctor Fernández. Víctor Fernández, 1977.
Crónicas isleñas. Leandro Perdomo, 1978.
Lanzarote. Ildefonso Aguilar, 1987.
II Jornadas de vulcanología de Lanzarote. Varios autores, 1987.
Actas de Constitución del Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, 1989.
La reutilización de las aguas residuales en Lanzarote. Varios autores, 1989.
Lanzarote, Arquitectura Inédita. César Manrique, 1989.

COLECCIÓN RUBICÓN

- Los Majos: Población Prehistórica de Lanzarote.
José C. Cabrera Pérez, 1989.

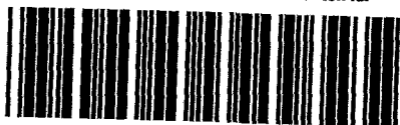
COLECCIÓN LANCELOT 28° 7°

- A la sombra del mar. Manuel Padorno, 1989.
La Vez entre Después y Ahora. Víctor Ramírez, 1991.

COLECCIÓN TARO

- Lanzarote: Rituales de Fuego y Agua.
Ángel Sánchez, 1991.

ULPGC. Biblioteca Universitaria



633197

BIG 860-3 RAM vez

Esta colección con nombre de criatura atlántica, Lancelot 28º 7º, dedicada a la literatura en sus diversas manifestaciones, pretende contribuir a la creación del mapa literario de Canarias, en memoria de Agustín Espinosa en el 50 aniversario de su muerte.

Nicolás de Páiz Pereyra
Presidente del Cabildo Insular de Lanzarote



SERVICIO DE PUBLICACIONES
EXCMO. CABILDO INSULAR DE LANZAROTE